

UNIVERSIDAD DE LAS AMÉRICAS PUEBLA

Escuela de Artes y Humanidades

Departamento de Literatura

UDLAP®

**Ignominia e infame panorama: un acercamiento ecocrítico a la
obra de José Vasconcelos y José Revueltas**

Tesis que, para completar los requisitos del Programa de Honores, presenta el
estudiante

Gabriel Isai Galaviz Loaiza

167093

Literatura

Director: Gabriel Wolfson Reyes

San Andrés Cholula, Puebla.

Primavera 2024

Hoja de firmas

Tesis que, para completar los requisitos del Programa de Honores presenta el
estudiante **Gabriel Isai Galaviz Loaiza, 167093**

Director de Tesis

Gabriel Wolfson Reyes

Presidente de Tesis

Enrique Ajuria Ibarra

Secretario de Tesis

Martín Sanchez Camargo

*A este planeta herido
en un intento de comprender*

Agradecimientos

A mi madre y a mi padre, Dolores Loaiza y Francisco Galaviz: amigos y protectores.

Trabajadores de la salud que gracias a su fuerza laboral, su labor doméstica, su cansancio y sus años de vida pudieron otorgarme una educación universitaria, y no solo ello, sino también la capacidad y la posibilidad del asombro, del aprendizaje, la curiosidad, la duda y el disfrute. Honro siempre dicho obsequio, sostén fundamental de toda mi existencia.

A mis amigas y amigos de todos estos años, lejanos y recientes. Gracias por mantenerme vivo. A Iván, Marco, Mariel, Joshua, Oriana, Abigail y Liliana.

A mis amigas y amigos de esta extrañísima pero bella labor llamada literatura. Infinitos agradecimientos por inspirarme, acompañarme, nutrirme y quererme. A Lucia, Mariana, Regina, Indra, Bry, Esteban, Mauricio, Uriel, Paloma, Casandra, Pablo, Mar, Yosbeli y Montserrat. Que nuestros andares sigan coincidiendo.

A mis amigas de la carrera. Gracias por la complicidad y el acompañamiento. A Renata, Teresa y Alexis.

A Nicté Toxqui, primera persona en tenderme la mano en este entorno desconocido. Gracias por el impulso, el apoyo, la enseñanza y el cariño. Gracias por enseñarme esa respiración vital, ese “bio-ritmo”. Mi deuda y mi agradecimiento contigo es enorme.

A todos mis maestros y maestras. A Gabriel Wolfson, Guillermo Espinosa Estrada, Enrique Ajuria, Clemencia Velasco, Miriam Yvonn y Martín Sánchez Camargo.

A Myrna Maravert. Gracias por la gentileza y la sencillez con la que te abriste paso en mi vida. Infinitas gracias por el amor, el apoyo, la escucha y la ternura. Gracias por hacer de esta vorágine un lugar más entrañable.

A la familia y la vida que me precedió y no conocí. Escribo por y para ustedes.

Introducción: acercamientos incipientes	4
Cap. I. “El mundo futuro será de quien conquiste al Amazonas”: explotación natural, modernización y discurso científico en La raza cósmica de José Vasconcelos.	9
Cap. II: Nature writing y paisajismo ideológico en Ulises Criollo	28
Cap. III: Pureza y suciedad. Ejes y umbrales naturales en Los muros de agua.	57
Cap IV. Condiciones materiales y ecológicas de El luto humano	69
Conclusiones	83

Introducción: acercamientos incipientes

“¿Qué pauta conecta al cangrejo con la langosta, y la orquídea con el girasol, y qué es lo que une todo aquello entre sí, y a todos ellos conmigo? ¿Y a usted conmigo? ¿Y a todos, nosotros y aquellos, con la ameba por un lado y con el esquizofrénico que encerramos por el otro? ¿Cuál es la pauta que conecta a todas las criaturas vivas entre sí?” (7)

Este cúmulo de preguntas, formuladas por Gregory Bateson en *Mind and Nature. A Necessary Unity* (1979), bien podría conectar y responderse con la primera ley de la ecología propuesta por Barry Commoner en *The Closing Circle: Nature, Man and Technology* (1971): todo está conectado a todo lo demás (14). Y si todo en el mundo material y no-material se encuentra interconectado, entonces es posible afirmar, siguiendo el razonamiento de Cheryl Glotfelty en *The Ecocriticism Reader: Landmarks in literary ecology* (1996) “that literature does not float above the material world in some aesthetic ether, but, rather, plays a part in an immensely complex global system in which energy, matter and ideas interact” (19). Glotfelty argumenta que, en la mayor parte del corpus de teoría literaria, el “mundo” es un sinónimo de la sociedad y la esfera social; la ecocrítica, afirma la autora, intenta expandir la noción de eso que llamamos “mundo” para integrar la ecosfera en su totalidad.

Esta palabra incipiente, “ecocrítica”, aún se encuentra en relativa disputa. Según la autora, hay investigadores que realizan investigación medioambiental y cultural sin requerir un nombre para dicha labor, y otros argumentan que es necesaria la categorización porque, al menos hasta ese punto, los trabajos concernientes a la relación entre literatura y medio ambiente se hallaban desperdigados, haciendo difícil su acceso y su consecuente discusión. En el momento que Glotfelty y Harold Fromm antologaron *The Ecocriticism Reader...*, —libro pionero y referente clásico de esta rama crítica—, ya se manejaban términos tales como *ecopoetics*, *environmental literary criticism* y *green cultural studies*. La autora cita a William Rueckert como el primer investigador quien acuñó el término *ecocriticism* en un

ensayo titulado “Literature and Biology: An Experiment in Ecocriticism”, de 1978, pero en dicho ensayo lo ecocrítico aludía más a la ciencia ecológica. Glotfelty propone que la ecocrítica no solamente se restrinja a ello, sino que se expanda para integrar todo el mundo material y su relación con la literatura.

Independientemente del nombre bajo el cual se decida ejercer esta labor de análisis, lo ecocrítico es movido e impulsado por la idea fundamental de que nos acercamos a un punto de no retorno en la crisis climática. Donald Worster escribe en *The Wealth of Nature* (1993) que, si estamos afrontando una crisis global, no es por la manera en la que los ecosistemas funcionan, sino por el modo en que cierto sistema ético se desenvuelve. “Getting through the crisis requires understanding our impact on nature as precisely as possible, but even more, it requires understanding those ethical systems and using that understanding to reform them. Historians along with literary scholars, anthropologists and philosophers cannot do the reforming, of course, but they can help with the understanding” (27). Cito este pasaje no porque crea en la posibilidad de reformar uniformemente lo que sea que entendamos como sistemas éticos (¿quién los reformaría, bajo qué estándares y qué entendemos por sistema ético? ¿Es el mismo para todos? ¿No dichos sistemas éticos atienden y son resultado de un sistema más complejo?), sino porque confío en la posibilidad de comprender de qué manera están involucradas las concepciones culturales con nuestra forma de entender y nombrar lo “natural” a lo largo de la historia y, para los fines que deseo exponer en este trabajo, en la literatura.

Glotfelty identifica tres estadios en la emergencia de la ecocrítica. El primero intenta responder a la pregunta de cómo se ha representado a la naturaleza en la literatura, y esto implica preguntarse cómo se han gestado ciertos tópicos o estereotipos—el Edén, Arcadia, la idea de territorio virgen o de territorio salvaje— y, al mismo tiempo, preguntarse cómo se perciben las ausencias de un mundo “natural” en un texto. Glotfelty afirma que, en su

definición de lo “natural”, también se integran otros tópicos: “frontiers, animals, cities, specific geographical regions, rivers, mountains, deserts, Indians, technology, garbage and the body” (23). La inclusión de cuestiones relacionadas a ciudades, al cuerpo, a poblaciones originarias y a tecnología me resulta adecuada para comenzar a cuestionar y complejizar qué es lo que realmente se concibe como “natural” y cómo esas definiciones muchas veces se diluyen con “la cultura”, el otro polo de la dicotomía clásica de “naturaleza/cultura”.

Una segunda etapa corresponde a la revalorización y reintegración de géneros como el *nature writing*: un tipo de literatura de no ficción que se origina en Inglaterra, en 1789, con la obra de Gilbert White y que se extiende a Norteamérica a través de Henry David Thoreau, John Burroughs, Annie Dilliard y Terry Tempest Williams, por mencionar solo a algunos. Por otro lado, esto implica, asimismo, la identificación de autores cuya obra también trabaje tangencial o explícitamente con tópicos concernientes a la ecocrítica, aunque, en su momento, esto no haya sido planeado o analizado en demasía.

Una tercera fase se centra en el análisis de la construcción simbólica de nuestra especie. Es decir, “how has literary discourse defined the human?” (25). Empezar una indagación así, según Glotfelty, nos lleva de la mano a un cuestionamiento sobre las dualidades prevaletentes en Occidente: sentido y materia, mente y cuerpo, hombre y mujer y, por supuesto, humanidad y naturaleza.

Ahora, algo es innegable: la ecocrítica, como disciplina teórica, es reciente, y solo hasta hace poco se ha notado un crecimiento exponencial en la academia norteamericana. Es posible señalar la década de los 70 como el periodo de tiempo en que la ecocrítica comenzó a categorizarse y nombrarse en Estados Unidos. La llegada de esta metodología a Latinoamérica, no obstante, no sucedió hasta finales de los 90. Gisela Heffes argumenta que esto pasa a partir de la publicación de tres números del *Hispanic Journal* publicados en 1998, 2000 y 2004, dedicados exclusivamente a la lectura ecocrítica de obras literarias

latinoamericanas (*Políticas de la destrucción, poéticas de la preservación*, 50). No obstante, Heffes se cuestiona la pertinencia y la posibilidad de trasladar una teoría crítica nacida en Estados Unidos a un territorio tan específico como Latinoamérica que, a la par, es también heterogéneo. Las preguntas centrales en torno a esta problemática, según la autora, son:

¿Cómo utilizar estas herramientas de indagación cultural en una tradición tan extensa y rica como lo es la latinoamericana, qué rasgos específicos aparecen en ella, y hasta qué punto la utilización de esta disciplina teórica es pertinente para una reflexión y análisis profundos de un corpus variado y disímil como es el que emerge de nuestra historia social, cultural y literaria? Más aún, ¿cómo estas representaciones latinoamericanas redefinen y reconfiguran aquellos conceptos formulados, originalmente, por la ecocrítica, apostando y proponiendo nuevas formas de lectura, conceptualización, efectos y marcas distintivas? (56)

Este trabajo presentado intenta, en su justa medida, delinear una respuesta a un par de estas preguntas a través del análisis de dos autores mexicanos del siglo XX cuya obra, bajo el objetivo del segundo y tercer estado de la ecocrítica, se intenta revalorar en tanto es posible identificar, en retrospectiva, la abundancia de elementos naturales y cómo estos elementos construyen nociones simbólicas y culturales de su contexto histórico. El primero, José Vasconcelos, es una figura polémica en diversos frentes. Reconocido mayormente como un impulsor de instituciones públicas, también fue un escritor y un actor político que, al final de su vida, dejó un corpus de enorme extensión donde es posible contar narrativa, monografía, historia e incluso poesía. Yo pretendo enfocarme en dos de sus textos más conocidos: *La raza cósmica* (1925) y *Ulises Criollo* (1935). El primero, tanto ensayo político como crónica de viaje, me servirá para introducir algunas de las nociones tempranas de Vasconcelos en torno a la naturaleza, entendida esta como símbolo, ideología y recurso necesario para consolidar un proyecto político y civilizatorio de clara intención expansionista, desarrollista y turística. En un segundo capítulo, trataré de argumentar que Vasconcelos bien pudo estar influido por el *nature writing* en la escritura de su primer tomo autobiográfico, abundante en descripciones

paisajistas que, del mismo modo, guardan un propósito ideológico en el análisis del pasado y el futuro de México como nación.

De el segundo autor a analizar, José Revueltas, me enfoco, particularmente, en sus dos primeras novelas: *Los muros de agua* (1941) y *El luto humano* (1943). De la primera obra, trato de esclarecer los ejes y umbrales naturales de los que Revueltas hace uso en su intento de delimitar su propia noción de civilización y barbarie. No obstante, la particularidad reside en el solapamiento de ideas respecto de la noción de pureza y suciedad como elementos inherentes a la naturaleza y cómo esas dos nociones se van disolviendo o infectando entre sí a lo largo del texto. Respecto a *El luto humano*, propongo una lectura que bien podría beneficiarse del entendimiento de sus condiciones materiales de producción, estrechamente vinculadas a un conflicto político y agrario en el que Revueltas se vio involucrado en su juventud; postulo así que *El luto...* se enriquecería con el entendimiento profundo de los precedentes ecológicos que hicieron estallar la huelga del Sistema de Riego Número 4.

Trato, pues, de abarcar dos periodos distintos de la vida política y cultural de México, intentando, así, encontrar similitudes, convergencias o disparidades. No obstante, algo determina tanto la vida de Vasconcelos como de Revueltas: ambos estuvieron involucrados en disputas nacionales que, al ser trasladadas a su literatura, dejaron entrever sus ideas de lo que es “naturaleza”. Si es cierto que la literatura está irremediabilmente atada a la ecosfera en tanto es un producto material nacido de los humanos, entonces pretendo hallar como estos conflictos se trasladan a lo largo de sus textos: con qué métodos y justificaciones.

Cap. I. “El mundo futuro será de quien conquiste al Amazonas”: explotación natural, modernización y discurso científico en *La raza cósmica* de José Vasconcelos.

En una brevísima carta de 1926, tan solo un año después de la publicación de *La raza cósmica*, José Vasconcelos escribe a Alfonso Reyes desde San Juan de Puerto Rico: “Mi querido Alfonso: Por fin he visto al sol y al cielo, la luna y las estrellas; por la noche pasaron aerolitos; por el campo hay órgano de grillos y de ranas y hace un buen calor. Esto es vivir. Lo único que siento es que durará poco” (*La amistad en el dolor: correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes*, 87). En ese momento, ya ex-secretario de educación pública, Vasconcelos se encontraba impartiendo clases en torno al sistema de educación mexicana en el sur del continente, y estaba a pocos meses de presentar un conjunto de conferencias en Estados Unidos como parte del tercer ciclo lectivo de la Harris Foundation en la Universidad de Chicago; dichas lecturas tendrían como finalidad profundizar en los preceptos expuestos en *La raza cósmica* y llevarían por título, de manera escueta y casi burocrática, “The Latin American Basis of Mexican Civilization”. A parecer de Heriberto Yépez —quien rescató y tradujo aquellas conferencias de un singular volumen llamado *Aspects of Mexican Civilization* (1926), editado por la misma Universidad de Chicago— Vasconcelos evitó propugnar en Estados Unidos algunas de sus ideas más radicales en contra del poderío del norte, fácilmente localizables en las primeras páginas de *La raza cósmica*, como cuando menciona que la misión del blanco anglosajón será diferente a la de sus predecesores; fungirá este, afirma, como “puente”, ya que el hombre blanco ha puesto al mundo “en situación de que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse” (*La raza cósmica*, 16), o cuando afirma de manera profética que “los días de los blancos puros, los vencedores de hoy, están tan contados como lo estuvieron los de sus antecesores” (25). No obstante estas omisiones, Vasconcelos conservó en aquellas

charlas una de sus propuestas menos rescatadas y discutidas en mucha de la investigación en torno al prócer de la educación pública: la conquista y la explotación del trópico latinoamericano como uno de los ejes rectores de “Universopolis”, nuevo imperio mestizo que, según él, se ubicaría en la amazonia brasileña, cerca del “gran río”, y de donde saldrían, dirigidas a todo el mundo, “las predicaciones, las escuadras y los aviones de propaganda de buenas nuevas” (*La raza cósmica*, 35).

En aquella primera conferencia en Chicago, Vasconcelos profetiza: “Existe un periodo destinado a llegar en el cual la humanidad, apropiadamente provista de una poderosa *técnica*, se echará a cuestras la conquista y la explotación de la zona tórrida” (en Yopez, 39, énfasis mío)¹. Esto lo declara poco después del inicio de una argumentación que abunda en determinismos biológicos, propios de finales del siglo XIX, en la que propone que la existencia de la heterogeneidad mexicana, inherentemente catastrófica, se debe “a la variedad física, temperamental e histórica de factores que intervienen en la hechura de nuestra alma”, enumerando, por ejemplo, el contraste de climas, tierras, cultivos e, incluso, el linaje racial del mexicano. Afirma, tras ello, que entonces se comprenderá “por qué nuestro país no ha sido capaz de dar una cosecha, pues no ha tenido el tiempo necesario para madurar su fruto” (en Yopez, 34). Un intento similar de indagar en la raíz del problema mexicano lo realizó Martín Luis Guzmán en *La querrela de México*, breve ensayo publicado, similarmente a Vasconcelos, en su exilio de 1915 en Madrid, poco después de ser encarcelado y de formar parte de las tropas de Francisco Villa. En dicho libro de escasas cuartillas, Guzmán escribe: “En el amanecer de nuestra vida autónoma —en los móviles de la guerra de Independencia— aparece un verdadero defecto de conformación nacional (inevitable por desgracia): los mexicanos tuvimos que edificar una patria antes de concebirla puramente como ideal y sentirla como un impulso generoso; es

¹ Resulta imposible, a primera vista, no asociar estas últimas palabras a “La agricultura de la zona tórrida” de Andrés Bello, aquel poema fundacional que, entre tantas otras cosas, enarbola la necesidad de conquistar la zona tórrida con el objetivo de industrializar y hacer avanzar el proyecto nacional de Latinoamérica.

decir, antes de merecerla” (*Obras completas*, 11). Guzmán afirma que en aquel intento vago y poco reflexivo de conformarnos se halla el mal congénito de la nación, arrastrado a través de otras dos etapas importantes: la Reforma (con sus frutos casi malogrados, escribe) y la paz porfiriana, donde se “instituyó la mentira y la venalidad como sistema, el medro particular como fin, la injusticia y el crimen como arma; [...] engendró todos los Ñingos Noriegas² de nuestros campos, los lord Cowdrays de nuestras industrias, los Rosalinos Martínez de nuestro ejército” (12). Similar en intención, la forma de intentar entender el origen de la catástrofe mexicana de Vasconcelos resulta, no obstante, disímil a la de Guzmán en el sentido de que el primero añade factores climáticos, geológicos y agrarios a la “hechura del alma” del mexicano; Vasconcelos considera que estas variables son causas determinantes. Si bien Guzmán no lo dice explícitamente, asuntos tales como los regímenes de repartición de tierra, para él, no lo son, y en cambio todo lo confía al “espíritu” mestizo y herido.

Perdemos el tiempo cuando, de buena o mala fe, vamos en busca de los orígenes de nuestros males hasta la desaparición de los viejos repartimientos de la tierra y otras causas análogas. Éstas, de grande importancia en sí mismas, por ningún concepto han de considerarse supremas. Las fuentes del mal están en otra parte: están en los espíritus, de antaño débiles e inmorales, de la clase directora; en el espíritu del criollo, en el espíritu del mestizo, para quienes ha de pensarse en la obra educativa. (9)

Para Vasconcelos, México es una tierra disímil geográficamente y esto representa un factor precedente que imposibilita, a su parecer, la realización de los planes trascendentales. “Una serie de capas compuestas de materiales que no se mezclan, tal es el bosquejo de nuestra historia”, asegura (en Yépez, 30). Esta situación, Vasconcelos no la halla, sin embargo, en el norte y el sur del continente, y así lo afirma al argumentar que en tales

² Ñingo Noriega fue un empresario y terrateniente español que consiguió, en 1895, la concesión necesaria para desecar el lago de Chalco, conformado por diez mil hectáreas. Se argumentaba que el lago seguía contribuyendo al mal olor y la insalubridad de la zona. El objetivo del proyecto era conseguir más tierra fértil. El descontento de los vecinos alrededor del lago provocó, por ejemplo, la destrucción de maquinaria y robo de productos. (“El proyecto de desecación de 1906”, Gloria Camado Pichardo en *Historia de los usos del agua en México. Oligarquías, empresas y ayuntamientos (1840-1940)*, coord. por Blanca Estela Suarez. Comisión Nacional del Agua: CDMX. 1998.)

latitudes la tierra es mucho más homogénea. “La sección norte de Canadá-Estados Unidos posee prácticamente el mismo tipo de suelo que el territorio argentino y sur del Brasil.”

(30) Razona, pues, que sería labor sencilla replicar los métodos industriales logrados en el norte continental y trasladarlos, sin más reparo, hasta el sur. “Tómese, por ejemplo, la industria del trigo; después de haber logrado la exitosa aplicación del arado de motor, y el fertilizante químico, lo único que resta es extender dicho sistema y multiplicarlo indefinidamente desde la planicie de Kansas a la pampa argentina” (36).

Me remito, ahora, por un momento, a lo que Elizabeth Povinelli asienta en *Geontologies: A requiem to late liberalism* (2021) respecto a la expansión industrial de las fronteras ecológicas en los territorios que, bajo el sistema capitalista, se creen desprovistos de vida.

Take the Desert and its central imaginary Carbon. The Desert comprises discourses, tactics, and figures that restabilize the distinction between Life and Nonlife. It stands for all things perceived and conceived as denuded of life—and, by implication, all things that could, *with the correct deployment of technological expertise or proper stewardship*, be (re)made hospitable to life. (Povinelli, 33, énfasis mío)

Cito este pasaje específico por su relativa cercanía a lo que Rosa Luxemburgo, en su momento, argumentó en *The Accumulation of Capital* (1913) respecto a una necesidad imperante del capital de depender siempre de un entorno no capitalista con fines de acumulación:

“Accumulation is more than an internal relationship between the branches of capitalist economy; it is primarily a relationship between capital and a non-capitalist environment, where the two great departments of production sometimes perform the accumulative process on their own, independently of each other, but even then at every step the movements overlap and intersect” (398).

Luxemburgo designa su *non-capitalist environment* como “still the largest part of the world in terms of geography” pero, al mismo tiempo, y a pesar de esta aparente inmensidad geográfica, arguye que es también insignificante debido al alto nivel de desarrollo ya alcanzado por las fuerzas productivas del capital; desarrollo que, sobre todo, se realiza a través de una fuerza imperialista que crece a la par de la violencia: “With the high development of the capitalist countries and their increasingly severe competition in acquiring non-capitalist areas, imperialism grows in lawlessness and violence, both in aggression against the non-capitalist world and in ever more serious conflicts among the competing capitalist countries” (426). Lo que une, a mi parecer, las afirmaciones de ambas teóricas, separadas por más de un siglo de distancia, es asumir que existe un territorio —en el caso de Povinelli, *denuded of life* y, en Luxemburgo, *non-capitalist*— que está en constante relación con el afán expansionista del sistema al que está sometido. Y, antes de establecido dicho enlace, debe darse, claramente, la producción y el nombramiento de ese territorio; producción que nunca está exenta de una raigambre ideológica o cultural que, sobre todo, es situada. Al respecto, y focalizada en los albores posindependentistas de Latinoamérica, Graciela Montaldo escribe: “Mirar el territorio propio resulta en nuestro tiempo un hecho frecuente y de allí la pregunta: ¿cuáles eran, a poco de la Independencia latinoamericana, las miradas posibles sobre ese cuerpo, desde qué perspectivas y con qué redes se percibía el territorio de una patria inestable, cómo se imaginaba el mapa del cuerpo del que se partía?” (3). Esta interrogación intenta indagar en la obra de Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento, específicamente en *La agricultura de la zona tórrida* (1826) y *Facundo* (1845), textos que, como bien apunta la autora, fueron escritos desde el exilio. Montaldo encuentra en este tipo de escritura esa “imaginación especial que constituye el territorio, el paisaje y lo fija en la escritura para desentrañar sentidos vinculados a la organización cultural, social, política y económica: la naturaleza y la

cultura, la civilización y la barbarie impresas sobre el cuerpo borroso, esquivo o inexistente de la patria” (4). Lo que se argumenta, en suma, es que “la naturaleza será para nuestros intelectuales no solo dato paisajístico sino también motivo de argumentación para explicar el pasado y el presente y proyectar el futuro” (10).

Cito a Povinelli y a Luxemburgo debido a que, como intentaré ejemplificar posteriormente, Vasconcelos parece rodear sutilmente la conciencia de que su idea de proyecto civilizatorio va enlazado, necesariamente, a concepciones de expansión a través de la fuerza. Esta intención violenta busca, como fin último, un estatuto de afirmación y poderío político anclado, sobre todo, a una idea de territorio como proyecto nacional a futuro, como menciona Montaldo.

“Con un equipo altamente desarrollado, el hombre comenzará en el sur una tarea similar a la que fue realizada hace miles de años, cuando, a través de la invención del fuego y el uso de la combustión, el cazador salvaje consiguió dominar y adaptar para la civilización las planicies nevadas de las zonas nevadas y templadas” (39), afirma Vasconcelos en Chicago. La comparación es, acaso, desproporcionada en términos históricos, pues la tarea a la que pretende equiparar el proyecto utópico de extender un solo sistema de cultivo de norte a sur se encuentra no solo a milenios de distancia sino que responde a propósitos distintos. Ahora bien, este augurio, expresado desde el exilio, es un eco de diversas ideas que ya Vasconcelos emitía a partir de su viaje al sur del continente.

Vasconcelos habla de que el sur de Brasil y Argentina son ejemplos de tierras homogéneas y con potencial de cultivo. Respecto a esta última región, misma que ocuparía gran parte de su fascinación intelectual durante la década de los 20, Vasconcelos menciona en *La raza cósmica*, solo un par de años antes de esta conferencia, lo siguiente: “con los recursos de semejante zona, la más rica del globo en tesoros de todo género, la raza síntesis podrá consolidar su cultura”, y poco después realiza una lacónica afirmación,

germen de su proyecto: “El mundo futuro será de quien conquiste la región amazónica” (35).

Ambas predicciones de conquistas, realizadas en un lapso de pocos años, no surgen de la nada, y la fascinación de Vasconcelos respecto a la región sudamericana tiene una justificación rastreable que bien podría ubicarse en 1922 cuando —acompañado, por cierto, de una caravana en la que se encontraban Carlos Pellicer y Julio Torri— Vasconcelos visita porciones muy específicas de América del Sur como enviado del gobierno de Álvaro Obregón con el motivo de la celebración del primer centenario de la Independencia de Brasil. De este peregrinar nace *Notas de viaje*, la segunda sección de *La raza cósmica*, escrita tres años antes del ensayo que abre el libro. El itinerario, pues, consistía en un viaje por Río de Janeiro y Sao Paulo que desembocaría en Buenos Aires. Ya en la capital argentina, sin embargo, Vasconcelos rememora la molestia que le produjo el intento de un profesor de convencerlo de no viajar súbitamente a una región en particular: las cataratas del Iguazú. “Iré al Iguazú, aunque no acabe de conocer Buenos Aires, porque es más importante el Iguazú que Buenos Aires” (168), replica Vasconcelos antes de delinear lo que parece una primera versión del augurio de conquista ya mencionado en *La raza cósmica*:

El Iguazú es como la Argentina futura; el nervio vital de América Latina y el centro propulsor de una civilización que no tiene precedente en la Historia. Sin el Iguazú casi no habría América del Sur, por lo menos no habría Argentina, porque no es porvenir poseer una pampa, por dilatada que sea; el porvenir está en el aprovechamiento de las fuerzas de la creación, y el Iguazú es la mayor fuerza virgen y libre que hasta hoy se conoce: *el pueblo que domine el Iguazú será el pueblo de América* (168, énfasis mío)

De este fragmento, dos ejes ideológicos que revelan ciertas particularidades; en primer lugar, la evidente lectura de Vasconcelos de *Facundo*³ en la mención a la pampa como

³ Como se comprobará en un capítulo posterior, Vasconcelos, en efecto, era conocedor y lector de la obra de Sarmiento cuando la menciona directamente en su primer tomo autobiográfico: “Con diez años de escuela maderista no hubiera sido posible ya el carrancismo; no habrían vuelto a aparecer en nuestra historia los

imposibilidad del porvenir, y la deliberada mención de la “fuerza virgen y libre” del Iguazú. Respecto a la primera, nótese la evidente producción de territorio que Sarmiento, a su vez, realizó en el primer capítulo de su obra: “1. Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra”, apertura donde esboza que los males políticos de la república surgían de manera elemental de la disposición geográfica del país y, en específico, de la pampa: “[...] y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable; es la imagen del mar en la tierra, la tierra como en el mapa; la tierra aguardando que se la mande producir las plantas y toda clase de simiente” (50).

En torno al uso de metáfora tan específica, “fuerza virgen y libre”, podría utilizarse el rastreo histórico que realizan Jason Moore y Raj Patel, quienes argumentan que la filosofía cartesiana contribuyó de manera significativa a la conocida escisión occidental entre Naturaleza y Sociedad que comenzaba a gestarse a finales del siglo XVI y principios del XVII, años en los que los ingleses establecían su primera frontera colonial en Irlanda. “The inventors of Nature were philosophers as well as conquerors and profiteers”, (61) afirman antes de describir cómo Descartes estableció lo que ellos consideran las dos primeras leyes de la ecología capitalista. La primera consiste, en suma, en la separación del cuerpo y la mente, o como Descartes lo definió: la *res cogitans* y la *res extensa*, es decir, “thinking things and extended things” (Íbid). La problemática, según los teóricos, es que *extended things* abarcaba, para la clase dominante de la época, a las mujeres, las personas de color y poblaciones originarias, tornando así estas abstracciones filosóficas en instrumentos prácticos de dominación bajo la justificación de la segunda ley cartesiana. “European civilization (or ‘we’, in Descartes’s word) must become ‘the masters and possessors of nature’” (62). De este modo, Naturaleza y Sociedad, afirman Moore y Patel,

Orozco y Panchos Villa. Madero liquidaba el *facundismo*, la supremacía del bruto armado sobre el civilizado constructor. Es decir: cambiaba el sentido de la historia nacional” (*Ulises Criollo*, 438)

no solo se encontraban existencialmente separadas, sino que la Naturaleza era algo que debía ser controlado y dominado por la Sociedad. No obstante, la segunda ley cartesiana fue influida por otro filósofo, generalmente conocido como el padre de la ciencia moderna: Francis Bacon, quien además de escritor y filósofo, fue miembro del Parlamento Inglés y Procurador General de Inglaterra y Gales. Bacon introduce una marca de género en la concepción de la Naturaleza y, para argumentarlo, Moore y Patel hacen uso de una cita hallada en el *Novum Organum* ; donde escribe “science should as it were torture nature’s secret out of her” (81). Se afirma, a su vez, que el imperio del hombre debe penetrar en el “vientre” de la naturaleza y “neither ought a man to make scruple of entering and penetrating these holes and corners, when the inquisition of truth is his whole object” (63).⁴ Lo que ambos autores intentan hacer ver es que la Naturaleza, desde su concepción, poseía una evidente carga de género. “The binaries of Man and Woman, Nature and Society, drank from the same cup. [...] Cartesian dualism was and remains far more than a descriptive statement: it is a normative statement of how best to organize power and hierarchy, Humanity and Nature, Man and Woman, Colonizer and Colonized” (63).

Llama la atención, pues, que Vasconcelos asigne estas cargas ideológicas a dos territorios distintos. En la primera situación, y como un eco de lo afirmado por Povinelli, Vasconcelos deja entrever que, para él, la pampa representa un páramo donde bien podría existir la no-vida de la que habla la autora; esa incapacidad de producción capitalista que debe ser corregida, porque incluso con sus propios procesos biológicos y sus propios habitantes humanos y no-humanos, la pampa no representa potencialidad. Respecto al Iguazú, la situación es distinta. En tanto “virgen”, en tanto “fuerza de creación”, las cataratas pueden y deben ser explotadas. En forma complementaria, ambos territorios

⁴ Existe una fuerte discusión de décadas en torno a si Bacon realmente utilizó la palabra “torturar” en los términos que entendemos la “tortura” en la actualidad. Se han generado dos bandos, entre los que se encuentran diversos investigadores que defienden a Bacon. Para un sucinto resumen y análisis en los términos de género que aquí se proponen, sugiero consultar “Francis Bacon and the vexations of art: experimentation as intervention” de Carolyn Merchant (2013).

ayudan a impulsar un proyecto de nación. La pampa es una explicación del mal argentino; las cataratas, una promesa a futuro.

“Nunca hubo excursión más hermosa”, afirma Vasconcelos de aquel traslado en auto y ferrocarril hasta el lugar de su ansiada visita (169). La caravana recorre durante tres días un par de poblados, Entre Ríos y Posadas, para finalmente llegar a Puerto Aguirre. Ahí se hospedan en un hotel desde el que, a la lejanía, observan las cataratas. De los momentos que preceden al primer avistamiento, Vasconcelos escribe: “A cada instante creemos percibir el ruido de las aguas; pero después de observar un instante nos convencemos de que no se oye otra cosa que el fuerte latido del corazón ante el instante sublime que se acerca” (183). Ya ante el “instante”, narra:

Entonces, llevando la vista hacia el fondo distante, la vimos; allí está siempre, no hace ruido; nos deja suspensos; es como una larga loma azulosa y nevada, que se desmoronara sin cesar y armoniosamente sobre otro volumen líquido que rueda con silenciosa majestad hasta perderse en el abismo. Hierven las espumas, primero blancas y hacia el fondo, amarillentas; son como dos o tres planos de agua que caen; por encima está la claridad de los cielos, por todo alrededor los verdes de la selva. Sólo después de un instante de mirar se da uno cuenta de que hay algo inmenso que se está cayendo, que lleva siglos de estar cayendo, y se tiene la impresión de una continua y melodiosa catástrofe (184).

Vasconcelos descubre aquella vista como una emoción que debilita las piernas y disuelve la voluntad. Precisa que, como si de entrar a un nuevo mundo se tratase, es necesario adaptar la conciencia “al asombro y la magnitud de la increíble realidad [...] Que la conciencia crezca para poder igualarse al espectáculo” (184). Aquí apuntemos que lo que hace Vasconcelos deriva seguramente de la definición kantiana de lo “sublime dinámico”⁵, misma que argumenta que la naturaleza, al ser observada, produce un temor de destrucción en el hombre que, sin embargo, no rebaja su capacidad de posicionarse en superioridad

⁵ Vasconcelos fue, durante su juventud temprana, un lector aficionado de Kant, como deja entrever en varias ocasiones en el *Ulises Criollo* (98, 141, 156).

racional ante las fuerzas naturales: “la humanidad en nuestra persona permanece no rebajada, aunque tuviera el hombre que sucumbir a ese poder”, señala Kant. (262)

Resulta revelador que, tras el despliegue de estas descripciones, lo primero en lo que piense Vasconcelos, ya entrados a “este nuevo mundo” que lo debilita físicamente, es que con “poco que se le arregle, podrá convertirse en uno de los principales centros del turismo del mundo” (184). En efecto, la racionalización humana se sobrepone al espectáculo de la naturaleza y, en este caso, esta sobreposición sirve, a su vez, para potenciar el asombro. Con esta afirmación, el proyecto vasconcelista se define un poco más. Ya no se habla de un desarrollo indeterminado; se orilla, de repente, a un proyecto turístico.

Vasconcelos describe los saltos de agua y la selva circundante como un paraíso “virgen” que debe ser trabajado con el nuevo ritmo de la civilización. Tal ritmo, según él, no transige con la adaptación servil; en cambio consume y logra su rebeldía al entrar en pugna con las fatalidades del medio y los métodos lentos de la naturaleza. Es, afirma Vasconcelos, una constante lucha para abrir senderos que, en seguida, la misma selva podría volver a cerrar con facilidad. Con el fin de evitarlo, propone: “¡Guerra contra los elementos para imponerles la norma de la conciencia! Para aprovecharlos en el plan humano no hay manera más alta de emplear el afán de los pechos heroicos”, declara (178). Nótese, aquí, la clara retórica bélica que precede a la imposición de “la norma de la conciencia”: un claro ejemplo del dualismo cartesiano, de la asociación de la naturaleza a la *res extensa* y de su “aprovechamiento en el plan humano” a través de medios de evidente cariz violento.

Bien podría parecer que Vasconcelos es un pionero en la observación y la exotización del Iguazú dado que no cita ni menciona de dónde proviene esta manía, pero cierto es que, para ese entonces, aquella estampa paisajística de Argentina ya era un punto

de referencia muy bien identificado. Según Brais Outes-Leon, las cataratas del Iguazú adquieren fama internacional en las décadas subsiguientes a su redescubrimiento por Gustav Niederlein en 1883, y por Juan Ambrosetti en 1892. A partir de entonces, surgió una vertiginosa profusión de diarios de viajes, guías, postales y reproducciones fotográficas que convirtieron dicho espacio en un paisaje de consumo masivo fuertemente ideologizado y vinculado con el discurso patriótico de la grandeza argentina (264). De hecho, ya en 1920, Paul Groussac denuncia la caterva “de cantores en verso y descripciones en prosa que repiten compulsivamente lugares comunes sobre las cataratas, zurcidos de lentejuelas y oropel para brillar en Ateneos y merecer premios de juegos florales.” (Ibíd). Cabría mencionar que Pellicer, en su momento, también dedicó un poema específico al Iguazú, producto de la fascinación que, según Vasconcelos, casi lo orilla a despeñarse por observar más de cerca el abismo de una cascada (*La raza cósmica*, 196).⁶

Si bien la mirada estética de Vasconcelos no es novedosa, para Outes-Leon sí lo es su intención de convertir este espacio natural en el eje vertebrador de un proyecto de modernización económica para América Latina de naturaleza marcadamente desarrollista-productiva (264). Sin embargo, creo que es prudente considerar que las ideas de Vasconcelos parecen discurrir por dos frentes que se unen: por un lado, persigue la intención simbólica e ideológica de proyectar en el Iguazú la promesa del futuro de *Universópolis*, pero sin dejar de pensar que esta promesa genere ingresos al ser proyectada, también, como un atractivo turístico de interés global. Si atendemos a la cronología de los hechos, Vasconcelos no únicamente concibió la posibilidad de aprovechar la fuerza hídrica de las cataratas del Iguazú sino que, en los años posteriores, se planteó la posibilidad de extender la técnica del monocultivo en la pampa argentina y en las tierras del Brasil, como

⁶ Perteneciente a *Piedra de sacrificios; poema iberoamericano* (1934), “Iguazú”, de Pellicer, contiene versos como los siguientes: “Agua poderosa y terrible, / tu trueno es el mensaje / de las razas muertas a la gran raza viva / que alzaré en años jóvenes la pirámide / de las renovaciones cívicas” (68, *Obras. Poesía*)

bien lo afirma en Chicago. Por otro lado, Jorge Quintana Navarrete apunta —de manera un tanto convencional— que, en *La raza cósmica*, Vasconcelos interpretó la historia de México en términos biológicos/raciales que legitimaban la hegemonía mestiza como la única vía para el establecimiento de la civilización contemporánea universal, es decir, la civilización capitalista occidental. Según Quintana, Vasconcelos insinúa que “las razas” (y no la clase social, por ejemplo) son y serán los sujetos políticos que impulsarán las transformaciones históricas (24).

Ahora bien, yo afirmo que es posible vertebrar un elemento más en este binomio biológico-determinista/racial de Vasconcelos: la explotación natural de corte tecnócrata que, según él mismo, parece el punto de partida para el mestizaje definitivo. Y llama la atención que el territorio privilegiado de este proceso de mestizaje no pueda ser ninguno más que “el trópico”, ahí donde es imprescindible iniciar “la guerra contra los elementos” de la mano de los “pechos heroicos”; “el trópico”, zona geográfica a la que, por convención, siempre se ha adjudicado la noción de abundancia y esplendor, al contrario, como bien lo dice Vasconcelos, de la ausencia de porvenir de la pampa. En la pampa no podría gestarse la quinta raza. “Las grandes civilizaciones se iniciaron entre trópicos, y la civilización final volverá al trópico”, afirma Vasconcelos en *La raza...* (33), y poco después declara: “una civilización refinada e intensa responderá a los esplendores de una Naturaleza henchida de potencias, generosa de hábito, luciente de claridades. [...] Supuesta, pues, la conquista del trópico por medio de los recursos científicos, resulta que vendrá un periodo en el cual la Humanidad entera se establecerá en las regiones cálidas del planeta” (34). En mi opinión, no es posible comprender en su entereza el proyecto civilizatorio de *La raza cósmica* sin que se contemple en sus ejes rectores la conquista de la naturaleza pues es un paso determinante para su consolidación. No puede existir Universópolis sin los recursos ideológicos-simbólicos que descansan en el concepto de la

“quinta raza”, pero esa quinta raza no ha de gestarse sin la integración de un territorio específico y de la conquista de los recursos “naturales” implícitos en dicha demarcación tropical. Y nótese, claramente, que la conquista no se llevará a cabo sin los así llamados “recursos científicos”.

Según Quintana Navarrete, es plausible afirmar que el plan de “eugenesia estética” (como el mismo Vasconcelos lo llama en *La raza cósmica*) de su proyecto utópico estuviera fuertemente influido por los programas de higiene estatal que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, comenzaron a popularizarse en las sociedades occidentales. Vasconcelos menciona en el libro que “una mezcla de razas consumada de acuerdo con las leyes de la comodidad social, la simpatía y la belleza, conducirá a la formación de un tipo infinitamente superior a todos los que han existido” y que “la conciencia misma de la especie irá desarrollando un mendelismo astuto” (38). De este modo, y con la ayuda de solo unas cuantas décadas de eugenesia estética, “podría desaparecer el negro junto con los tipos que el libre instinto de hermosura vaya señalando como fundamentalmente recesivos e indignos, por lo mismo, de perpetuación”. Indíquemos, en este caso, que Vasconcelos es consciente de las principales corrientes del pensamiento biológico de su época: el darwinismo y el mendelismo, pero también es promotor de lo que Quintana Navarrete llama “cientificación de la política”, es decir, una preponderancia de métodos y técnicas científicas en el ejercicio del poder político, “basado ahora en fundamentos racionales e incontrovertibles” (33). Es, en esencia, lo que Giorgio Agamben, según Quintana Navarrete, sugiere en *Homo Sacer I*: que en la modernidad el soberano se confunde paulatinamente con el médico, el científico o el experto (35). En este sentido, la decisión soberana se traslada del campo de la política al campo pretendidamente neutral de la ciencia. Pugar por un supuesto mestizaje total, deshaciéndose, así, de las “razas” indeseables resulta, en el campo de la neutralidad científica, una propuesta factible dada la

sutil argumentación que Vasconcelos propone: la mezcla total en beneficio de la quinta raza soñada. Y, en este sentido, luce también factible la explotación de un trópico al que se le confieren cualidades virginales, exóticas y proféticas si, de nuevo, existe la justificación para su “conquista” en un contexto de ansiada emancipación cultural y económica de Estados Unidos.

Pero Vasconcelos parece no solo un aficionado de la biología y la política, sino también de la energía y la termodinámica. Ya pasado el idilio y el encantamiento, Vasconcelos apunta diversos datos numéricos que, según él, les bastarán a los lectores iberoamericanos para dar cuenta del posible aprovechamiento que acarrearía explotar la zona y que, a su vez, serán suficiente para competir ventajosamente “con las naciones más prósperas y fuertes” (202). Se acumulan alturas máximas de caídas, potencias en caballos de fuerza, volumen medio de agua, y extensión total de las cataratas que, acto seguido, compara en grandeza con las del Niágara. “La única ventaja que podría alegar un viajero exigente es la de que el Niágara está como en el centro de un cómodo y sonriente parque. El Iguazú, en cambio, no es más que Naturaleza en bárbaro” (Ibíd). Augura Vasconcelos que pasarán muchos años antes de que aquel lugar sea convertido “a las normas del *trazo*, a la *calzada*, el *pavimento*, el *canal* y el *punte*; pero alguna vez estará allí, en el sitio más pintoresco del globo, el mayor centro de producción de energía y el parque más hermoso, más visitado, más sorprendente del mundo” (199, énfasis mío). Aquí es aún más evidente la conjunción entre proyecto turístico que, al mismo tiempo, se empalma con ideas de desarrollo productivo.

Vasconcelos nunca lo menciona explícitamente, pero la manera más plausible de aprovechar la energía cinética del Iguazú y tornar aquel lugar en “el mayor centro de producción de energía” es la construcción de una central hidroeléctrica, y esto no representa una idea anómala. Ya en años anteriores, según la investigación de Outes-León,

el Gobierno argentino había encargado diversos estudios técnicos para contemplar el aprovechamiento de los recursos hídricos del Iguazú, inspirados en uno de los grandes hitos de la producción eléctrica del siglo XIX: la central hidroeléctrica de las Cataratas del Niágara, diseñada por Nikola Tesla y George Westinghouse (266).

Uno de los proyectos más factibles fue realizado por los ingenieros Humberto Gamberale y Francisco Mermoz quienes, seis años después del viaje de Vasconcelos, bocetaron un estudio titulado *Caídas del Iguazú, Salto Grande del Río Uruguay y rápidos de Apipé en el Alto Paraná. Estudio sobre el aprovechamiento hidroeléctrico* (1928). El proyecto, no obstante, nunca se llevó a cabo debido a dificultades técnicas que auguraban la poca rentabilidad económica de la empresa. Sin embargo, en los planos preliminares ya se planteaba la canalización de parte del río. Este boceto, desde luego, no está relacionado con Vasconcelos y su ideación quimérica, pero creo que muestra, al menos en cierta medida, que la intención de construir en torno al Iguazú fue plausible en momentos precedentes y posteriores a su libro. Pienso que, quizá, lo que diferencia a Vasconcelos es que colocó demasiado peso ideológico en un territorio que, por principio de cuentas, nunca llegó a conocer del todo. Halló en aquellas cataratas, quiero creer, más un motivo retórico que un proyecto realizable.

En suma, ninguna de las profecías vasconcelistas se llevaron a cabo. La hidroeléctrica del Iguazú jamás fue construida, el Cono Sur del planeta no terminó albergando a la quinta raza, y mucho menos se fundó Universópolis en el delta del Amazonas. No obstante, lo que apunta Outes-Leon me parece que complementa mi propuesta de añadir más elementos al proyecto modernizador de Vasconcelos, más allá de lo puramente racial. Él lo explica de este modo:

La importancia simbólica adscrita al imaginario tecnológico en el discurso utópico de *La raza cósmica* demuestra cómo, en el seno de la narrativa utópica vasconceliana, la futura

independencia geopolítica y cultural de las naciones latinoamericanas frente a los EE.UU. dependía, no solo del mestizaje racial, sino de su desarrollo industrial y tecnológico. (268)

Me gustaría añadir a la argumentación del autor que este desarrollo industrial y tecnológico no debería ocultar su necesaria ligadura a un camino de retórica bélica y expansionista en contra de la Naturaleza, entendida como espacio externo a la Sociedad: atiborrado de significaciones pasadas y futuras en un contexto en el que, como bien menciona Outes-León, era imperante hallar una pretendida independencia geopolítica de los Estados Unidos.

Vasconcelos hallaba un camino emancipatorio en el desarrollo industrial y en el aprovechamiento de las cataratas del Iguazú, acaso también apoyado por una idea muy particular de la termodinámica, presente en el pensamiento del escritor. Outes-Leon cita a Michel Foucault al hablar de las significaciones de esta rama de la física en “De los espacios otros” y lo resume de la siguiente manera: “En el Segundo Principio de la Termodinámica, el siglo XIX encontró el grueso de sus recursos mitológicos” (269). En las primeras dos leyes de la termodinámica, donde se definen los principios de conservación y entropía de la energía, se erige uno de los paradigmas más influyentes de la episteme científica moderna. Outes-Leon afirma:

En un contexto en el que la máquina de vapor primero, y la introducción de los motores eléctricos después, cambian radicalmente los modos de producción capitalista, la semántica de la termodinámica se erige en un discurso de la modernidad omnipresente que permea ámbitos discursivos tan diversos como la sociología, la historia y el incipiente campo de la psicología. (Outes-Leon, 269)

El autor afirma que el acercamiento de Vasconcelos a las nociones energéticas puede comenzar a ubicarse desde ensayos de 1910, como “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, donde traza conexiones entre la filosofía de Henri Bergson y la

termodinámica, hasta textos filosóficos escritos en 1918, como *El monismo estético*, o el más relevante, titulado *La revulsión de la energía. Los ciclos de la fuerza, el cambio y la existencia* escrito en 1924, casi a la par de *La raza cósmica*. En este ensayo, Vasconcelos afirma: “La sustancia es una, la energía es una; no es mi materia ni fuerza; es las dos cosas en síntesis perfecta. Siempre han tenido razón los monistas, desde nuestro padre Plotino, para quien materia y espíritu no implican diferencias de esencia, sino las diferencias de grado de una misma sustancia” (*Obras completas*, 4. 388). Cabría mencionar, a su vez, que a inicios de siglo se popularizó otro tipo de monismo científico de base termodinámica que fue bautizado como “Energética” por el científico letón Wilhelm Ostwald, ganador del Nobel de Química en 1909. Ostwald declaró que “la materia es redefinida como la manifestación de una energía primigenia que se disemina y transforma *ad infinitum* y que se erige en el principio constituyente del mundo físico.” (Outes-Leon, 271). En “La revulsión de la energía...” Vasconcelos escribe que si bien el sentido de la trayectoria de la energía puede cambiar, “la línea del movimiento no se quiebra ni se desvía, ni se interrumpe, ni se detiene, sino que vuelve sobre sí misma y asciende en espiral, como la gota que sube desde el fondo de un vaso cuyo líquido se ha revuelto intensamente” (*Obras completas* 4, 364). Parece, entonces, que Vasconcelos comparte con Ostwald la noción de que toda trayectoria de energía parte de un mismo punto y que se encuentra en constante metamorfosis. Lo que, no obstante, pretende conseguir Vasconcelos con el Iguazú es algo que Outes-León postula del siguiente modo: “Dada su capacidad para convertir la fuerza motriz del agua en un nuevo tipo de energía eléctrica, la central hidroeléctrica se convierte en un símbolo de la capacidad humana para cambiar la trayectoria de la energía y canalizarla hacia un nuevo ciclo energético a través de la tecnología” (272).

En un breve prólogo a *Piedra de sacrificios; poema iberoamericano* (1924) de Pellicer, Vasconcelos apunta:

Describir un paisaje es un sacrilegio semejante al de los teólogos que discuten los atributos de lo divino, pero Pellicer como buen místico, crea sus paisajes. [...] El culto del paisaje expresado por poetas como Pellicer, de sentido étnico y social, traería como consecuencia el afán de unirnos por afinidades de contemplación estética y nos llevaría a considerar que la patria es el paisaje. Los más bellos lugares del mundo serían entonces las patrias más amadas, no los sitios a donde nacimos o donde irán a parar nuestros huesos, sino allí donde la presencia divina se revela más pura en el lenguaje de encantamiento, de visiones magníficas. (57)

Mediante su vaporosa retórica, podríamos construir un sucinto argumento: Vasconcelos quizá no lo nota pero él también creó un paisaje. No se limitó, sin embargo, a un mero ejercicio poético a la hora de confeccionarlo. Conjugó en *La raza cósmica* un breve resumen de su pensamiento político en torno a la Naturaleza, entendida como recurso existencialmente separado de la civilización pero, no por ello, menos explotable; no por ello menos proclive a emplearse como recurso ideológico y simbólico al ser enmarcada dentro de la necesidad de hallar un porvenir para un territorio que debía hallar su libertad económica y cultural. Vasconcelos, a su vez, parece entenderlo bien: el paisaje puede ser patria. Pero, en este caso, “paisaje” y “territorio” no son necesariamente lo mismo. Como intentaré explicarlo en el siguiente capítulo, a Vasconcelos es posible leerlo, por otro lado, como un escritor paisajista.

Cap. II: *Nature writing* y paisajismo ideológico en Ulises Criollo

México maravilloso, nación en que la gente acumula ignominia y horror a la par que la Naturaleza despliega inefables panoramas.

José Vasconcelos, *Ulises Criollo*.

Tres años después de la publicación de *La raza cósmica* (1925), José Vasconcelos se enfrascó en el evento que hoy es considerado el parteaguas de su desencanto nacional y político. En 1929, tras el breve paso ya mencionado de dos años enseñando Sociología en Chicago y California, y poco después de la muerte de Obregón a manos del cristero José de Leon Toral, Vasconcelos decide presentarse como el único opositor capaz de hacerle frente al callismo. Dicho conflicto representaba, a sus ojos, una nueva iteración del conflicto entre la barbarie y la civilización mexicana que, para Vasconcelos, se inaugura con el derrocamiento de Madero, de quien fue estrechamente cercano; años después, consideraría su asesinato responsabilidad de los cercanos a Madero, pero también consecuencia y traición de un pueblo lleno de características irredimibles.

Antes de llegar a un punto de profundo rencor que desembocaría en la pura reacción y, en grados más elevados, en su apoyo al nazismo, Vasconcelos se vio inmerso en una sucesión de acontecimientos que, por un buen tiempo, parecieron favorables. Fue considerado el alumno más destacado de la facultad de Jurisprudencia —lugar donde redactaría una tesis más cercana a la filosofía que al derecho—, y dicho reconocimiento le abriría las puertas a un mundo que al joven leguleyo, como él mismo se llamaba, fue resultándole insulso, pero que le permitía vivir con holgura mediante su trabajo en el bufete Warner, Johnson y Galston. Al conocer a Antonio Caso, se integraría al Ateneo de la Juventud; a su juicio, un nombre extraño. “Lo de Ateneo pasaba, pero llamarle de la Juventud cuando ya andábamos en los veintitrés no complacía a quien como yo se sintió

siempre más allá de sus años” (232, *Ulises Criollo*). No pasaría mucho tiempo hasta que Madero se le presentara a Vasconcelos en su despacho en el International Bank.

A partir de ese momento, Vasconcelos se uniría a las campañas maderistas, y emprendería una misión diplomática en Estados Unidos como representante de la causa antirreeleccionista. En el país se quedaría a vivir y ahí, tras un tiempo, se enteraría de la sublevación de Bernardo Reyes. Regresa a México solo los días suficientes para ver caer a Madero antes de emprender, nuevamente, el exilio a Estados Unidos. Lo que prosigue es un ir y venir entre el exilio voluntario a causa de sus discrepancias con el clima político mexicano y las diversas administraciones públicas que Vasconcelos pudo ejercer durante el mandato de Adolfo de la Huerta y de Obregón. Fue, pues, breve director de la Escuela Nacional Preparatoria, rector de la Universidad Nacional y Secretario de Educación Pública. Bien podría decirse que el culmen de su imagen pública sucedió en aquella última administración, pues a tres años del inicio de su nombramiento, y poco después del viaje ya mencionado al sur del continente, le fue otorgado el título de “Maestro de la Juventud del Continente” por parte de las asociaciones estudiantiles de Colombia, Perú y Panamá. Rafael Mondrágón Velázquez documenta que, a pesar de la condecoración, ese mismo año Vasconcelos comenzaría a discutir ruidosamente con Antonio Caso, ahora rector de la Universidad Nacional, quien pensaba que Vasconcelos comenzaba a extralimitarse en sus funciones como Secretario (*El largo instante del incendio*, 157). Despidió a diversas personas que, consideraba, realizaban “política” a través de la Universidad, entre ellas Vicente Lombardo Toledano, quien ya comenzaba a hacerse un lugar dentro de la CROM y le ofrecía apoyo incondicional a Plutarco Elías Calles. Tras esto, Caso renunciaría a la rectoría y los estudiantes de la ENP se organizarían en contra del aparentemente tiránico secretario. Me parece prudente, a su vez, anotar cómo Vasconcelos fue percibido durante este periodo de convulsión inicial, pues, como bien documenta Claude Fell en *Los años del*

Águila, ya se le comenzaba a acusar desde diversos frentes de dilapidar el dinero del Estado a través del pago de la obra pictórica de Orozco, Siqueiros y Rivera e incluso se le llegó a acusar de posicionarse a favor de la instauración de un régimen socialista (428).

Fell narra que en los últimos días de junio de 1924, Vasconcelos suspendió el financiamiento a los muralistas de manera abrupta. Estos no ya recibieron pedidos nuevos y se limitaron a terminar algunas partes de los que estaban en proceso. Orozco renunciaría a causa de la noticia del corte de financiamiento, y parte de su obra en curso se cubriría con cal. A los pocos días, Vasconcelos presentó su renuncia a la SEP y partió, una vez más, al exilio, pasando primero por algunas regiones de Sudamérica, antes de instalarse en Estados Unidos como profesor. Aquellos años bien pudieron fungir como un remanso de relativa tranquilidad. En ese entonces, Vasconcelos comenzó a intercambiar correspondencia con Manuel Gómez Morín, quien en un principio lo instaba a lanzarse a la candidatura presidencial; después, al notar a Vasconcelos más convencido, intentó disuadirlo por temor a arriesgarlo todo en medio de la inestabilidad política del momento. Gómez Morín cambió de parecer cuando ambos, reunidos en Londres, se enteraron del asesinato del candidato Francisco Serrano, único opositor plausible de Obregón. Empujados por este suceso, en 1928, Gómez Morín ya pensaba en el proyecto político de su partido⁷ y Vasconcelos se acercaba a grupos de exiliados mexicanos en Estados Unidos. Al final, Vasconcelos terminó por unirse al Partido Nacional Antirreeleccionista por petición del coronel maderista Vito Alessio Robles y el 10 de noviembre de 1928 entró a México por Nogales, Sonora. Lo que prosigue es una serie de desventuras que, a gran escala, se podría explicar por la incierta posición política de Vasconcelos, que tenía como

⁷ Rafael Mondragón precisa aquí que Morín, fundador del PAN, pensaba en aquel entonces en un partido de corte socialista, anotando como ejes rectores del partido, por ejemplo, “la nacionalización de los recursos naturales, del crédito y de los transportes, socialización de los medios de producción, ampliación del servicio público y control de la comunidad sobre todos los servicios de esta clase” (217).

objetivo contradictorio agradar a la mayor cantidad de grupos demográficos posibles, incluso si estos eran disímiles.

En su gira de aquel año, historiada por John Skirius en *José Vasconcelos y la cruzada del 29*, se declaró socialista frente a los ferrocarrileros mexicanos, prometiéndoles que el sistema de transporte y de telégrafos pasarían a ser manejados por el Estado, y poco después, en Veracruz, hablaría del “gran Lenin” para refrendar su compromiso con el reparto agrario e intentaría hacerles ver a los campesinos que era necesaria la industrialización de la agricultura y la introducción de mejoras técnicas con el fin de ayudar e intensificar la producción en la ciudad y el campo (Skirius 88). En Michoacán, y aprovechando el impulso político instaurado por el entonces gobernador Lázaro Cárdenas, se declaró a favor de la repartición de ejidos y anunció que combatiría a los latifundistas de la “burguesía revolucionaria”.

Al mismo tiempo que intentaba aliarse y darle continuidad al viejo programa de la Revolución Mexicana, Vasconcelos también llegó a reunirse con líderes cristeros en Jalisco, quienes le ofrecieron su ayuda para derrocar al régimen (92). Vasconcelos solo les instó a esperar los resultados de la elección, haciéndoles saber que, de no reconocerse el resultado, entonces sería necesaria la lucha armada. En Morelia, por otro lado, fue interceptado por un enviado de algunos generales obregonistas que preparaban una rebelión en el norte contra Calles. Vasconcelos les diría lo mismo que a los cristeros: era necesaria, primero, la victoria formal; en caso de fraude, él mismo dirigiría la rebelión. Evidentemente, los generales no aceptaron la propuesta. De este modo, mientras Calles ya se encontraba apagando dicha rebelión en el norte, Vasconcelos seguía realizando una gira que, por cierto, no pasó por ningún estado del sur.

Lo que prosiguió, José Joaquín Blanco lo resume de manera clara: “aquí se ve que, desgraciadamente, la lucha de Vasconcelos contra Calles fue oratoria, la lucha entre dos

demagogias: el nacionalismo democrático y civilizado, en el mejor sentido de la tradición liberal (Vasconcelos) contra el nacionalismo populista de métodos salvajes con que se fue acallando, extinguiendo y purgando a los sobrevivientes y las intenciones de la Revolución” (154). El movimiento vasconcelista gozaba ya de cierto impulso que fue generado, en gran parte, al entusiasmo de varios jóvenes que trataban de extender la campaña del candidato a través de métodos particulares. Debido a la escasez de dinero para financiarse, una tarde el estudiante Germán de Campo se paró en medio de un parque a realizar un acto de oratoria. Los transeúntes primero lo vieron con desconfianza pero Juan Bustillo Oro narra que, poco a poco, más gente se detuvo a escuchar la improvisación de Germán. “Como no tenían dinero para imprimir carteles, fabricaron los suyos con pintura improvisada. Se hicieron amigos de los habitantes de la colonia Obrera, de Peralvillo, de Candelaria de los Patos, de Balbuena, de Tepito y la Romita; descubrieron que en esos barrios pobres era donde había más gente dispuesta a escuchar sus denuncias.” (en Mondragón, 226). Actos de entusiasmo tales se vieron repetidos a lo largo de distintos estados y generaron una imagen de la juventud vasconcelista que era asociada a la irreverencia y la determinación. Sin embargo, el ataque frontal contra esta organización colectiva y el asesinato de Germán de Campo en septiembre, sería una de las razones por las que el movimiento político de Vasconcelos comenzaría a perder impulso en su recta final. Rafael Mondragón escribe que, previo al asesinato, comenzaba ya a emerger en el país una nueva forma de violencia política. “La violencia brutal y autoritaria de caciques aislados pronto se volvería sistemática; se organizaría para tornarse más eficiente; como dijo años después José Revueltas, se recubriría de una forma democrática que fetichiza la violencia y la vuelve imperceptible” (230). La muerte de Germán de Campo, pues, significó un duro golpe a un movimiento que ya había sido reprimido en varias ocasiones durante algunos mítines estudiantiles y fue, incluso, uno de los motivos por los cuales

Antonieta Rivas Mercado, pareja de Vasconcelos, desistiría de la campaña y huiría a Estados Unidos.

Sumariamente, el 17 de noviembre de 1929 se celebraron unas elecciones que, como bien ya se lo había anunciado un embajador estadounidense al propio Vasconcelos, resultaron fraudulentas. Los centros de votación fueron ocupados durante noches anteriores por empleados del PNR, se desplegó el ejército a nivel nacional y hubo ley marcial y balaceras en Tampico y Veracruz. El primero de diciembre, Vasconcelos llama a una rebelión armada. Sobra decir que no se llevó a cabo ningún levantamiento porque comenzó, al mismo tiempo, el encarcelamiento y el asesinato de diversos vasconcelistas⁸. Vasconcelos sería escoltado a la frontera el 12 de diciembre.

Traspaso el umbral de la contextualización porque, a mi parecer, resultaría deficiente analizar la obra posterior de Vasconcelos y varias de sus ópticas nacionales y ecológicas sin antes comprender el camino político y personal que lo lleva a redactar, en especial, los cuatro tomos de su obra autobiográfica; *Ulises Criollo* (1935), *La Tormenta* (1936), *El desastre* (1938) y *El proconsulado* (1939). Respecto a cómo categorizar este compendio, y en particular, las dos primeras obras, Christopher Domínguez asevera, en contraposición a Antonio Castro Leal, que no podrían clasificarse como novelas autobiográficas de la Revolución, sino como algo más heterogéneo. “Las memorias de Vasconcelos son un cuerpo textual muy amplio y complejo, materia bizarra donde caben varios géneros, que van desde el boceto autobiográfico hasta el libelo político, pasando por la memoria histórica” (*Tiros en el concierto*, 79). Tras ello, ahonda: “Vasconcelos pertenece a esta familia de escritores aventureros que tocan todos los géneros, con las más

⁸ Carlos Pellicer fue uno de los vasconcelistas apesados. Compartió celda con un joven de dieciséis años a quien encerraron por asistir a un mitin comunista en el Zócalo de la Ciudad de México. Su nombre era José Revueltas y poco después sería conducido a las Islas Marías. Pellicer fue liberado gracias a la influencia de Genaro Estrada, subsecretario de Relaciones Exteriores, quien convenció a Calles de que asesinar a un joven escritor tan talentoso representaría una desgracia nacional. No obstante, varios vasconcelistas no tendrían la misma suerte y morirían a manos del régimen callista.

variadas intenciones, y acaban destejiendo su vida y tejiendo una obra cuya bizarría los modernos acabamos por llamar, quizá por cansancio, novelesca” (79). Mi intención, pues, es aprovechar esta posibilidad multiforme de la obra de Vasconcelos para proponer la integración de un subgénero narrativo que, a reservas de su nombre anglosajón, me resulta pertinente como herramienta de análisis dadas las características de la obra literaria y de lo que la misma voz narradora llega a afirmar dentro del texto. Hablo, en suma, de la *nature writing*. Y no de un estilo particular de *nature writing* que se ejerza desde la óptica de un activista ambiental o de un filósofo que se oponga al antropocentrismo. José Vasconcelos —individuo cercano al poder durante varias décadas, posteriormente exiliado reaccionario, e intento de filósofo sincretista de lo más polémico de las corrientes de su tiempo— practica una *nature writing* no durante un par de páginas, sino a lo largo de toda una obra que intenta englobar los primeros treinta y tres años de su vida, desde su nacimiento hasta el asesinato de Madero. Me remito al *Ulises Criollo* no solo por la imposibilidad de cubrir una obra tan vasta en una decena de cuartillas, sino porque es este primer tomo uno de los textos que más apertura de discusión provee en torno a su escritura de la naturaleza. La particularidad de esta obra es, sobre todo, las repetidas ocasiones en las que, a lo largo de sus más de cuatrocientas cuartillas, Vasconcelos hace repetidas descripciones e indagaciones paisajísticas.

Antes de profundizar en su visión particular de lo nacional y lo global, misma que está estrechamente vinculada con su propia concepción de la Naturaleza, intentaré establecer, en primer lugar, lo que podríamos entender como *nature writing*. En una presentación de 1995, y en el marco de una conferencia organizada por la ASLE (*Association for the Literature and Environment*), John Elder describió la *nature writing* como “a form of the personal, reflective essay grounded in attentiveness to the natural world and an appreciation of science but also open to the spiritual meaning and intrinsic

value of nature” (*Beyond Nature Writing: Expanding the Boundaries of Ecocriticism*, 2). Elder menciona, no obstante, que ya era hora de comenzar a redefinir y expandir dicho tipo de escritura. Un año después, Thomas J. Lyon propone una especie de taxonomía del género que, si bien es acorde a lo propuesto por Elder, diversifica la *nature writing* al conferirle tres dimensiones intercambiables: “natural history information, personal responses to nature, and philosophical interpretation of nature”. (*A Taxonomy of Nature Writing*, 276); el peso de cada una o su interacción, determina las diferentes permutas o categorías dentro del campo del *nature writing*. Lyon propone, de manera sistemática, un espectro que va desde las escrituras que se limitan a las *field guides* y los textos de historia natural, hasta los ensayos que se enfocan en la vivencia personal del escritor dentro de la naturaleza. En este último registro, agrupa cuatro géneros que él nombra “Solitude and Back-Country Living”, “Travel and Adventure”, “Farm Life” y, finalmente, “Man’s Role in Nature” (278). En estos “ensayos de la experiencia”, según Lyon, los autores se alejan de un énfasis particular en la historización o la documentación, y el contacto con lo natural es el marco primordial de una escritura que ahonda más en lo sensorial, lo político y lo filosófico. *Walden* (1854) de Henry David Thoreau es, acaso, la muestra más prominente del *Solitude and Back-country Living* que, al mismo tiempo que ahonda en la escritura autobiográfica y cronológica, también integra la crítica medioambiental, por ejemplo, a la hora de trabajar con las dicotomías convencionales de ciudad-naturaleza y las implicaciones de vivir durante un periodo de tiempo en un espacio u otro. Respecto al subgénero que ahonda en la “aventura y el viaje”, Lyon afirma que existe un énfasis en el movimiento, la soledad y lo “salvaje” del territorio, y un elemento relevante a notar es cómo este viaje se enmarca dentro de una noción mítica de despedida, iniciación y retorno para quien vive dicho desplazamiento, pues al territorio natural se le suele considerar como una dimensión del mundo apartada de la nuestra. El “Farm Life” es polémico, según Lyon,

porque su énfasis en dos conceptos, “stewardship and work”, puede parecer no relacionado con la introspección, la soledad, o el descubrimiento presente en las demás categorías, pero Lyon argumenta que autores como Hector St. John de Crevecoeur y Wendel Berry logran prestar atención minuciosa a la vida silvestre alrededor de sus respectivos sitios de trabajo y, aunado a esta observación, “[they] have conveyed the deep, poetic pull of nature on the spirit”. (280) Sobre la última denominación, la relevancia se apoya en la interpretación filosófica de la naturaleza de manera más académica y lo personal tiende a quedarse en un segundo plano. Lyon menciona que esta taxonomía no pretende encerrar en un sistema estático a este tipo de escrituras, sino mostrar la amplitud del espectro y del género mismo.

No me aventuraría a afirmar que dentro del *Ulises Criollo* existe una suerte de *nature writing* si no se presentaran los suficientes fragmentos de escritura para argumentarlo. Los dos párrafos iniciales de la obra establecen, paralelamente, dos cosas: “mis primeros recuerdos” que, según Vasconcelos, se remontan hasta el momento en que era un “retoño en el regazo materno”, y “en seguida, imágenes precursoras de las ideas”: “Visión de llanuras elementales, casas blancas, humildes, las estampas de un libro” (Ulises Criollo, 7). Aquellas llanuras eran el Sásabe, ”menos que una aldea, un puerto en el desierto de Sonora, en los límites con Arizona. Estábamos en el año 85, quizás 86, del pasado siglo” (Ibíd). Desde la primera cuartilla se establece un espacio delimitado; y no es un territorio, a mi parecer, que a Vasconcelos le resulte indiferente: afirma, independientemente de si esto es cierto o no, que si es capaz de recordar el Sásabe no es gracias a lo que él llama “la memoria objetiva”, aquella que nunca le ha sido fiel, sino a la “memoria emocional”. “La emoción del desierto me envolvía. Por donde mirásemos se extendía polvorienta la llanura sembrada de chaparros y de cactus. Mirándola en perspectiva, se combaba casi como rival del cielo. Anegados de inmensidad nos acogemos al punto firme de unas cuantas casas blanqueadas” (8). Tampoco me parece irrelevante

que, apenas se establece el espacio, se plantea ya un conflicto esencial al territorio, el de los apaches, enemigo común, según la voz, “de las dos castas blancas dominadoras: la hispánica y la anglosajona”. Es como si, desde los albores de su vida, Vasconcelos no pudiese entender el espacio natural sin una lucha cultural y humana de por medio que definiese a dicho espacio. Respecto a esta pugna, Vasconcelos narra cómo su madre llegó incluso a aleccionarlo respecto a qué pasará en caso de caer en manos de “los indios”: “te vestirán de gamuza y plumas, te darán tu caballo, te enseñarán a pelear, y un día podrás liberarte” y, posteriormente, relata cómo ella misma, una noche en que fueron víctimas un ataque de los apaches, coloca en sus piernas al niño José a escuchar, Biblia en mano, que aquel secuestro era poco probable, pues ya eran pocos los salvajes, “los insumisos que se resistían a la doctrina cristiana” (10). Tan pronto la Comisión Norteamericana de Límites informa a la familia que aquel lugar donde vivían pertenecía a jurisdicción yanqui, se ven forzados a desplazarse a Ciudad Juárez. De esta mudanza, Vasconcelos recuerda con su memoria emocional un espacio y un evento ligado a ese espacio: “frondas temblorosas de álamos, paseo a la orilla de canales, llenos de agua corriente, fangosa; casas de blanco y azul, aroma de tierra mojada”; pocos renglones después, el descubrimiento de un chino ahogado en los canales de agua: “yo pensaba con insistencia molesta: agua de chino ahogado” (11). Así, desde sus primeras páginas, la voz narradora se presenta como proclive a la descripción del paisaje; también a la descripción de conflictos e ideologías propias del territorio que recuerda.

Abro un paréntesis que me servirá para ahondar en una definición de lo “paisajístico”, misma que tendrá la función de anclar un marco teórico respecto a las posteriores descripciones de Vasconcelos. Denis Cosgrove, en *Social Formation and Symbolic Landscape*, afirma que el concepto de paisaje es, sobre todo, ideológico y ambiguo. Representa una manera en la que cierta clase de personas se han dotado de

significado a sí mismas y al mundo a través de una imaginada relación con la naturaleza, y cómo a través de esa manera han logrado comunicar su rol social y el de otros respecto a esa naturaleza (15). Andrés Ernesto Obando Orozco explica en su tesis doctoral *Naturalezas sin tierra: literatura y paisaje en Latinoamérica (1845-1942)* (2022) que la definición de Cosgrove remite implícitamente al carácter institucional del paisaje. “Pensar el paisaje como una institución significa asumirlo como una construcción socio-histórica (probablemente vinculada a la modernidad) la cual encarna una amplia variedad de significados imaginarios que le confieren un sentido y valor para ciertos grupos, clases sociales, comunidades o, incluso, naciones” (6). Respecto a este sentido y valor, Michael Branch menciona en *Indexing American Possibilities* que la temprana conexión romántica entre hombre y naturaleza contribuyó al crecimiento de los estudios de historia natural en Estados Unidos porque aquel vasto territorio aun indocumentado representaba un espejo del deslumbrante y venidero destino de la nación. “If the national faith was to be based upon the vast, uncorrupted wilderness of the new continent, it became imperative to explore, survey, and describe that wilderness. Just as Thomas Jefferson had suggested that the diversity and size of American animals were emblematic of the republic’s rising glory” (*Indexing American Possibilities*, 283).

Orozco menciona que cambios en los paradigmas científicos o sociales, o descubrimientos y desarrollos tecnológicos pueden producir transformaciones en el paisaje en tanto espacio físico e, incluso, su desaparición. “Es diferente, por ejemplo, la relación que establecieron los hijos de la revolución industrial con la naturaleza a la que tenemos con ella en presencia del hiperobjeto que es el Capitaloceno” (7). Si entonces asumimos que el paisaje es el resultado de la codificación de ciertos códigos culturales sobre el medio físico, entonces es posible entenderlo como un artificio que la pintura y la literatura han ayudado a producir, afirma Orozco, y esto se sostiene incluso para aquellos paisajes que

dependen de la existencia de una supuesta naturaleza prístina o inmaculada. Pensemos, por ejemplo, en la denominación tan famosa de “tierras vírgenes” (que, como hemos visto, Vasconcelos también usa) y cómo incluso esta es una codificación cultural que, como se explicó, proviene de un marcaje de género rastreable desde la concepción del dualismo cartesiano en el siglo XVII. El paisaje es, pues, apenas el acto de insinuación de lo que aspira a representar, un intento de organización para que este mismo sea perceptible; un intento de ordenamiento de aquello que es entropía y caos, concluye Orozco (9). Y ese intento de organización bien podría ser apenas uno de los pasos a seguir para, a su modo, impulsar todo tipo de agendas en un territorio físico. Ya lo mencioné con la obra citada de Elizabeth Povinelli, y Orozco ahonda en esto: “Al hacer de la pampa argentina un desierto se alientan dinámicas históricas que abarcan la introducción de la agricultura o la arborización con eucaliptos, factores que afectarán el mismo paisaje de la pampa” (14). En otro ejemplo de una intención de alteración paisajística, podríamos también mencionar a *La agricultura de la zona tórrida* (1826) de Andrés Bello, cuando la voz lírica augura la aparición de “una caterva servil armada de corvas hoces” que invadirá la “floresta opaca”. Las hoces golpean y derriban los ceibos ancianos, las fieras huyen, el ave deja “el caronido, la prole implume” y parte, doliente, a “otro bosque no sabido de los humanos”. Prosiguen las visiones proféticas:

Alto torrente / de sonora llama / corre, y sobre las áridas ruinas / de la postrada selva se derrama. / El raudo incendio a gran distancia brama / y el humo en gran negro remolino sube, aglomerando nube sobre nube. / Ya de lo que antes era / verdor hermoso y fresca lozanía, / solo difuntos troncos, / solo cenizas quedan; monumento / de la lucha mortal, burla del viento. / Más al vulgo bravío / de las tupidas plantas montaraces, / sucede ya el fructífero plantío / en muestra ufana de ordenadas haces (*Obras completas I. Poesías*. 71)

Después de la intervención humana, del raudo incendio, ya no existe la “fresca lozanía”, pero sí un fructífero plantío en concordancia con el deseo de hacer producir a una tierra

inerte. Ya veremos eventualmente cómo Vasconcelos se relaciona con la modificación del paisaje con motivos civilizatorios, y cómo Revueltas crítica sutilmente esta avanzada del Estado mexicano en el desierto del norte del país en fragmentos específicos de *El luto humano* (1943). Lo que intento hacer ver ahora no es solo una manera específica de relacionarse con aquello que llamamos naturaleza, sino también cómo esta misma relación posee cimientos políticos. Vuelvo al artículo de Montaldo, “El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento” (1994), para preguntar, de nueva cuenta por la manera en la que es posible observar el territorio de una patria inestable, a poco tiempo de su independencia, y desde qué perspectivas se percibe (3). De entre las diversas funcionalidades de la literatura del XIX, recordemos que Montaldo escoge aquella que se refiere a “esa cartografía proyectiva, a esa imaginación espacial que constituye el territorio, el paisaje y lo fija en la escritura para desentrañarle sentidos vinculados a la organización cultural, social, política y económica: la naturaleza y la cultura, la civilización y la barbarie”. La autora propone que, en los momentos incipientes de la literatura latinoamericana, el espacio natural se vuelve centro de la reflexión política pues sobre él se asientan los proyectos de organización de las repúblicas que recién se independizaban. “El pasado, el presente y el futuro de los países de América encuentran en la tierra aspectos que condensan los problemas, identidades y planes futuros; por ello están cargados de ‘significados’, sentidos desde los cuales se hará el diagnóstico de un estado de cosas o se proyectará el porvenir” (4). Este proceso de organización territorial a través de la escritura presupone, también que existirá una cartografía que tenga que dar cuenta de los territorios y las subjetividades humanas (incluyendo, por ejemplo, a los “indios”) que no se logran asentar dentro de la formación inicial de un cuerpo de leyes organizativas.

En torno a la resistencia de ciertos grupos a integrarse en la lógica de la modernidad, y de qué manera ciertos intelectuales buscaban aprehenderlos en un afán

homogeneizante propio de la formación de los Estados nacionales, mencionaré, nuevamente, el *Facundo* de Sarmiento a propósito de un ensayo de Julio Ramos, “Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo* de D.F. Sarmiento”. Ramos construye dos argumentos fundamentales. En primer lugar, afirma que Sarmiento, en su necesidad de cubrir “el vacío” discursivo de la nación argentina, traslada (de manera equívoca y a través de un modelo de citación inexacto) un saber europeo que parece exaltar pero que, al mismo tiempo, escribe mal (22). Ricardo Piglia, citado por Ramos, considera que la distancia entre Sarmiento y el saber europeo no radica tanto en su afirmación de una diferencia, “sino en la corrosión de esos discursos altos en boca, digamos, de un mal letrado” (Ibid). Sarmiento, después de saber estas inexactitudes, se resguarda detrás del carácter espontáneo de su texto, la informalidad, la prisa con la que fue escrito y la flexibilidad propia del ensayo, y, junto a estas justificaciones, afirma que no retocaría la obra por temor a que desapareciese su fisonomía primitiva (23). Lo que Ramos concluye es que Sarmiento “configura un lugar de enunciación subalterno, ‘marginal’ con respecto a la biblioteca europea” (24). Pero la complejidad de *Facundo* no radica solo ahí. El texto, afirma Ramos, “representa la historia como un progreso, como una modernización interrumpida por la *catástrofe* del caudillismo que desarticulaba el sentido, la unidad nacional” (25). En el intento de ordenar dicha contingencia, se hace evidente que ese proyecto no podía basarse sólo en la cita y el saber europeo. Habría que representar, también, la voz del otro, esa tradición oral ignorada por el proyecto modernizador y, por tanto, desconocida por los europeos. (Ibid). La literatura, prosigue Ramos, “era el lugar adecuado para la mediación necesaria entre la civilización y la barbarie, la modernidad y la tradición, la escritura y la oralidad”. De ahí, asegura que esa falta de disciplina y documentación de Sarmiento resulte ser “un dispositivo de otro tipo de autoridad intelectual, más capacitada para representar y resolver el desorden que el sabio de corte

europeo” (27). El *Facundo* es un depósito de voces, un archivo de relatos orales que Sarmiento escucha y transcribe al tratar de representar la barbarie. Pero Ramos se pregunta de manera sucinta: “¿Conlleva la representación, la presencia de la voz?” (29). Sarmiento, complejo, no duda de que en el gaucho y el campesino exista un tipo de saber y ciencia, pero siempre intenta someter dichos saberes al tipo de organización propia del discurso regular. Al citar la palabra campesina, es de notar que se transcriben con marcas tipográficas para evidenciar su incorrección, lejanía y extrañeza. En una segunda conclusión, Ramos sugiere que, en efecto, Sarmiento buscaba representar al *otro*, pero “la confusión, la irregularidad de la voz, era precisamente una fuerza que se resistía a la representación. Porque la barbarie es lo otro de la representación, es el exterior temido del discurso. Por eso no bastaba con escuchar los registros de aquella realidad dispersa y amorfa. Había que someterla, ejercer la violencia de la forma sobre la irregularidad de la voz” (33). La representación, pues, incluye el deseo de integrar al otro para subordinarlo a la ley de la civilización; ley que proviene de un trabajo racionalizado y productivo, sujeto a las necesidades del mercado emergente (Ibíd). Lo que intento mostrar, tras este resumen de la argumentación de Julio Ramos, es que, en efecto, es posible considerar la escritura de diversos intelectuales como un intento de representación, subordinación y organización del *otro* en el establecimiento de las naciones modernas latinoamericanas. En este sentido —y tomando en cuenta lo afirmado por Montaldo al mencionar que indios y fieras pertenecen a una misma categoría de peligro e indefinibilidad que se asienta en la extensión geográfica de la pampa (8)— quisiera preguntarme de qué manera la Naturaleza también pueda tornarse ese *otro* que se intenta representar, organizar y/o subordinar a través de la labor de la escritura.

Orozco escribe que las regiones naturales de un país, diversas y disímiles entre sí, pueden ser una fuente de orgullo nacional y una parte de la identidad o del progreso de la

nación vinculado a sus posibilidades productivas y a su belleza escénica. También, sin embargo, pueden tornarse síntoma del retraso, “de la permanencia de la patología que se quiere extirpar: la prueba irrefutable de que, indefectiblemente, siguen existiendo fuerzas anómalas e incontrolables que determinan al hombre americano” (13). Vasconcelos me resulta un observador de la naturaleza en dicho sentido; intelectual que, por momentos, adora y exalta el paisaje, y en otros, lo percibe como reflejo de lo que detesta. A partir de que, quizá, aquella imagen temida de los indios la produce la madre, Vasconcelos es consciente de que en el paisaje esplendoroso también existen resabios de aquella barbarie que comienza a odiar desde desde *La raza cósmica*, por ejemplo, y que se exagera en el exilio posterior a su campaña presidencial; barbarie no solo representada por los indios, sino por su recelo infantil a los norteamericanos e incluso por la población mexicana. Regreso, pues, a un intento de análisis cronológico del tomo de Vasconcelos con el objetivo de hacer ver como la voz narradora, aparentemente capaz de recordar con claridad desde su infancia, comienza a establecer desde sus primeros años cuestiones cercanas a lo propuesto con anterioridad: territorio y paisaje como proyección de la belleza natural del país, pero, posteriormente, cercanos a su barbarie.

Tras su expulsión del Sásabe, Vasconcelos se muda, junto con su familia, a Piedras Negras, teniendo que cruzar a diario la frontera con Eagle Pass para asistir a la escuela, después de que su padre desistiera de la educación mexicana al ver que el único maestro de Piedras Negras portaba “pañoleta”. Respecto a la convivencia fronteriza, la voz narradora genera dicotomías entre pueblos cuyas marcas de separación son, sobre todo, el progreso material. “Libres de amenaza militar, los vecinos de Eagle Pass construían casas modernas y cómodas, mientras nosotros, en Piedras Negras, seguíamos viviendo a lo bárbaro” (24). Vasconcelos menciona, brevemente, que si vivían a lo bárbaro era por la presencia de un “caudillo napoleónico”, refiriéndose a Porfirio Díaz, pero también augurando, en un juego

de tiempos particular, el golpe revolucionario que habría de venir y que el ex-ministro también observaría con desdén pasados los años: “Los mismos mexicanos que lograban reunir algún capital preferían invertirlo del lado norteamericano para ponerlo a salvo de gobiernistas del momento y revolucionarios del futuro” (25). Aunado a esto, el narrador comienza a construir una incipiente noción de identidad masculina relacionada en el territorio, pues afirma que en aquel páramo desértico que es la frontera, “en aquel ambiente de *wild west* y de *cowboys* anteriores a la fase del cine, hacerse duros era la consigna, y provocaba emulación” (30). Se gestaban, a la par, sus primeros acercamientos conceptuales a lo “civilizado” cuando surgen conflictos de Vasconcelos en la escuela de Eagle Pass. “Y peor me irritaba si, al hablar de las costumbres de los mexicanos junto con las de los esquimales, algún alumno decía: *Mexicans are a semi civilized people*. En mi hogar se afirmaba, al contrario, que los yanquis eran recién venidos a la cultura. Me levantaba, pues, a repetir: tuvimos imprenta antes que vosotros” (32).

Ahora bien, si mencioné anteriormente a la *nature writing* como posible eje de análisis es por lo siguiente: tan solo tres páginas después de esta pugna entre Vasconcelos y sus compañeros, la narración deriva, súbitamente, a la evocación de la primavera norteña en Coahuila. En estas irrupciones —enfocadas en la descripción lírica del entorno natural que, después, se tornan constantes y abundantes— aparecen, en mayor o menor medida, los ejes rectores propuestos por Lyon. Me atrevo incluso a postular que aquello que Vasconcelos denomina “memoria emocional” bien podría entenderse como su propio *personal response to nature* y *philosophical interpretation of nature*. Menciono la primera denominación debido al evidente cuidado formal del que Vasconcelos hace gala no solo para describir el entorno sino para narrar cómo lo que observa le afecta personal y corporalmente; habla de aromas estimulantes que agilizan las piernas, de humedad y vegetación varia, de gasas de niebla que refrescan el rostro y de una fragancia de un botín

que lo envuelve a él y a sus acompañantes al retornar de recoger brazadas de azucenas a lo largo de una llanura. Pero, nuevamente, toda descripción paisajista implica una mirada de corte cultural. Llama la atención, por ejemplo, que hable de unos llanos ilimitados que “parecen no tener dueño” como si fuese relevante consignar la propiedad o no de una llanura, o como si su carácter de no propiedad le confiriese mayor carácter prístino. Añadido a eso, es contradictorio el calificativo de “tierra devastada” si es aquel lugar donde recogen “brazadas de azucenas” y la mención de los postes de telégrafo como única eminencia en aquel entorno, posterior a la enumeración de las diversas cualidades de esa misma tierra. Cito, pues, el pasaje en su entereza:

A campo traviesa, por llanos ilimitados que parecen no tener dueño, los aromas de la tierra estimulan el paso, nos vuelven ágiles las piernas. En el ambiente, humedad ligera; yerba y flores silvestres en el prado, y en el cielo, remoto el sol, ensayando su poderío sobre las gasas de la niebla del alba que parecen refrescarle el rostro y le tamizan audazmente los rayos de su esplendor implacable. Mientras recogemos, repartidos por la llanura, brazadas de azucenas, se van iluminando la punta de los postes del telégrafo, única eminencia de la tierra devastada. Iniciamos el retorno, envueltos en la fragancia del botín (35).

Transcribo ahora otro momento más largo de algidez de esa misma primavera norteña.

Una o dos veces por semana, la banda militar toca en el quiosco marchas y sones cargados con imágenes de la ciudad, sus luchas y sus victorias. Al cruzarse, sonríen los vecinos. Es un hermoso milagro vivir. (...) En un espacio inmaterial se palpa el futuro, semejante al desarrollo de la música con alzas y bajas, dulzuras y abismos. (...) Algunas noches, cuando el calor arreciaba y no había serenata sacábamos al patio los catres de lona. Encima una sábana y otra más para envolvernos, sobre la bata, y a estarse en cama contemplando las estrellas antes de dormir. De todos los goces del verano fronterizo ninguno es más profundo. El clima caliente y seco invita a pernoctar bajo la bóveda celeste. En aquella topografía de llanuras devastadas, el cielo es más ancho que en otros sitios de la Tierra, y las constelaciones refulgen dentro de una inmensidad engalanada de bólidos. *En aquellos cielos nuestros, desprovistos de literatura, la mente sondea, libre de sugerencias, como si recién descubriese el Cosmos.* El alma se va por los espacios, y divagando capta un maná de gracia más eficaz que el de Moisés. (...) En la dulzura de la noche, perdida toda la

noción finita, el tiempo ya no corre porque se hizo eternidad. Reclinado el rostro sobre la almohada y al cerrar los ojos para dormir, una lágrima dichosa escurre por la mejilla. Después, no se llora así (39, énfasis mío).

En este segundo fragmento nótese la oración en cursivas y cómo Vasconcelos habla de “cielos nuestros, desprovistos de literatura”. Parece un ejercicio de rememoración proyectado desde la adultez del autor —periodo de vida ya corroído por la consciencia de que el paisaje puede y debe ser descrito con la ayuda del arte— en el que se apuesta por recuperar aquel paisaje “libre de sugerencias”, es decir, el verdadero, aquel que percibió en su infancia y que antecede a la cultura. Y no me parece coincidencia que Vasconcelos rememore, muy poco después, un libro relevante de su infancia: el *Atlas* de Antonio García Cubas, al mismo tiempo que menciona que “las lecciones orales de geografía con mapas de ríos, de montañas y relatos etnográficos equivalían a la más amena literatura”. Vasconcelos valora muy bien el libro de García Cubas porque “enseña gráficamente el desastre de nuestra historia independiente”: a su juicio, las cartas geográficas “abrían los ojos, revelaban no solo nuestra debilidad, sino también la de España, expulsada de la Florida” y mostraba cómo media nación había sido sacrificada y millones de mexicanos suplantados por el extranjero “en su propio territorio” (43). Nombra, a su vez, la cesión del río Gila en la venta de La Mesilla, efectuada por Santa Anna y cómo ello le parecía una tragedia nacional. Por encima de los mentirosos compendios de historia patria, afirma la voz narradora, “los mapas de García Cubas demostraban los estragos del caudillaje militarista”. Es posible ver en estos fragmentos la confianza que Vasconcelos depositaba en la geografía cartografiada, y la manera en que lee e interpreta la información visual de dicho texto, pero es una interpretación que funciona de manera similar a la proyección retrospectiva del fragmento anterior. Se mira desde la adultez, y esa infancia está moldeada a partir de una mirada que busca llenar de sentido político sus primeros años de vida. Vasconcelos revela su fascinación de infante por la cartografía, pero al hacerlo, se modela

astutamente a sí mismo como un incipiente revolucionario que llega a conclusiones políticas con solo observar los mapas de un texto educativo.

Sutil al inicio para relacionar el paisaje y el territorio con la nación, a partir de estas páginas mencionadas Vasconcelos comienza a revelar una ideología ligada a tales conceptos. Por ejemplo, cuando describe el caudal creciente del río en Eagle Pass como una fuerza ante la cual el hombre se siente despavorido y débil (narración muy a la par del sublime kantiano de *La raza cósmica*), y acto seguido argumenta que esa debilidad desaparecerá y el verdadero progreso comenzará el día en que el ser humano invente la manera de no ahogarse, de no morir, o de convivir con ese desastre; más aún, cuando logre “sacarle partido” (51). En el momento en que Vasconcelos escribe *Ulises Criollo*, el proyecto del Iguazú ya es solo una ensoñación de juventud, pero parece que el filtro desarrollista de aquel proyecto sigue vigente en este pasaje sobre la infancia.

Poco después, Vasconcelos narra su primer viaje a la capital del país. Durante el trayecto, en tren, describe la frescura de un campo que penetra todas las fibras, que le colma “la sed orgánica” de los años pasados en sitios resecos. Escribe sobre vacas, nubes, ríos y deja entrever lo que, yo creo, es un primer indicio no sólo de una labor de escritura constante, sino también de observación y de documentación natural. “Lápiz en mano, intenté fijar en mi cuaderno siquiera algunas de las impresiones tumultuosas del día. No me guiaba la vanidad, sino el deseo de guardar de algún modo la emoción venturosa del viaje” (67). Pero esto no es lo más relevante; inmediatamente, Vasconcelos parece encontrarse de primera mano con la idea de que la descripción de la naturaleza debería ser apenas su mera insinuación.

Pero me estorbaban los adjetivos. En vez de apuntar las cosas, me empeñaba en calificarlas. Cada montaña tenía que ser alta; las ciudades me merecían el mismo epíteto de bonitas y cada paisaje resultaba encantador. Con plena conciencia de que traicionaba mi sentir, escribía y acusaba al lenguaje de llevarnos por sus caminos trillados, pese a la

virginidad de la percepción. El caso es que mi ensayo me ponía triste. No correspondía al intenso vivir. (67)

El autor habla de “la virginidad de la percepción” como si, nuevamente, fuese posible una percepción humana pura y ausente de juicio. Vasconcelos parece añorar siempre un estado previo a su mirada, previo a las significaciones culturales que, en aquel momento de la adultez en el que escribía *Ulises Criollo*, parecían significarle perjuicio.

Ahora bien, asumo que el término de *nature writing* pueda generar escepticismo debido a la traslación de un género anglosajón a un autor mexicano que escribe durante la primera mitad del siglo veinte. Lo que procede es una conjetura que formulo a partir de un par de lecturas que Vasconcelos nombra en ocasiones y que me hacen pensar que, si bien no era plenamente consciente de que escribía *nature writing*, sí pudo leer parte de su tradición. La primera mención sucede después de preguntarse qué iba a ser de su vida tras llegar a la capital: “Recordaba las narraciones amenas de un libro de viajes alrededor del mundo, que en Piedras Negras leyera, y me sentía apocado” (67). Posteriormente, en Campeche, y en una vacación familiar, se vuelve a sugerir la lectura de un libro del mismo género. “Comiendo plátano endulzado al sol, frente a la taza de café y ayudado de alguna lectura de viajes, me quedaba mirando al mar quieto, extenso como el mundo. Imaginaba recorrerlo para asomarme a todos los puertos” (101). Jamás se habla de ningún autor ni obra específica, pero si asumimos que, en ese momento, la cultura letrada mexicana estaba influida por la literatura europea, y que el mismo Vasconcelos afirma haber leído, después a Rousseau, a Kant, a Walter Pater, a Nietzsche, y a otros más (271), no resulta complicado pensar que, en su hogar de Piedras Negras, y perteneciente a una clase media de profesionistas, hayan menudeado libros de este género, escritos en algún momento del siglo XIX, que es cuando se inaugura propiamente el *nature writing*, según Lyon. Sobre todo, porque Vasconcelos llega a mencionar que su tía educadora, aún en Piedras Negras,

lo orilló a leer a temprana edad a Spencer y a Rousseau (71). Pienso en las posibles lecturas de viajes de Vasconcelos: John Burroughs, Alexander von Humboldt, Charles Darwin, Charles Dickens, William Bartram. Lo que propongo, en suma, es que, independientemente de si haya sido algún autor de los enumerados o no, Vasconcelos bien pudo haber leído bibliografía de una tradición literaria de viaje con énfasis en la descripción del entorno que, a mi juicio, intenta emular en varias ocasiones.

Enlisto casos anecdóticos que, por abundantes, no puedo analizar con profundidad pero sí enumerar como ejemplos de la compleja relación de Vasconcelos con el paisaje, pero también con su población y con sus propias nociones de progreso.

Respecto a la relación entre territorios yermos y ausencia de civilización, casi equivalente al determinismo geográfico de Herbert Spencer⁹, escribe Vasconcelos:

En todo el valle [de Toluca], un soplo frío justifica el ademán del indio, embozado en su frazada... Rostros inexpresivos bajo el sombrero de alas anchas; silencio y cautela; población que no ríe. [...] Atmósfera enrarecida que amortigua el impulso y refrena el pensar, se diría que también en lo espiritual y biológico determina, desde el valle, una mengua de la vida antes de suprimirla del todo a la altura de las arenas volcánicas (79).

Vasconcelos parece sugerir, de nuevo, que hay territorios más propicios para un concepto específico de vida más valiosa, aquella que es “productiva” y que, claramente, no se deposita en el indio ni en las arenas volcánicas.

Sobre un momento de vacación, próximo ya al asesinato de Madero, Vasconcelos escribe: “Estaba allí vivo para recrearme en el espectáculo de las aguas y el cielo bajo la luz. Una vida larga apenas bastaba para correr los caminos que los barcos abren el mar. Recorrer, conocer, gozar el planeta, he ahí, por lo pronto, un destino para muchos años por venir” (106). En esta cita aparece la dimensión afectiva de su observación, que lo orilla

⁹ Herbert Spencer (1820-1903) fue un famoso darwinista social que afirmó que las especies y las sociedades cambian con base en procesos intrínsecos a su naturaleza y en procesos extrínsecos asociados al entorno orgánico e inorgánico. Los factores de evolución que proponía eran dos: el original y el secundario. En el primero, un factor determinante es el clima y las cualidades del suelo donde se asienta una población. (Peet, Richard. “The Social Origins of Environmental Determinism”. *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 75, No. 3. pp. 309-333.)

incluso a moldear este particular proyecto de vida enfocado en el gozo y el viaje, mencionado múltiples veces a lo largo del libro.¹⁰

Anoto, a su vez, pequeños sucesos que dan fe de un rostro de Vasconcelos muy particular: cuando, con sus amigos, se opone a la tala de árboles de un parque cercano a la pensión donde vivía (156) o cuando, en medio de una crisis profesional por la que contemplaba su deserción de la carrera de Leyes, el joven Vasconcelos piensa que bien podría desempeñarse como diseñador de jardines y elabora un plan concreto que destaca por su minucia y su cuidado:

Recorrí la Alameda, estudiando ya las medidas que adoptaría. No más tala de árboles y una renovación de prados conocidos. Nuestra Alameda, trazada según vieja costumbre andaluza, había sido después afrancesada con estatuas y fuentes de bronce versallescas. Luego de revisar en la biblioteca manuales de jardines, decidí defender nuestro parque del peligro geométrico a lo Le Notre. El desorden aparente de las estampas de Aranjuez me parecía más de acuerdo con la belleza espontánea de las plantas. El estilo inglés de anchos prados desnudos en torno de un grupo de plantas o de un monumento, estaba bien para la naturaleza pobre de las zonas frías. Entre nosotros tal sistema equivalía a la estrangulación de los brotes más lozanos de la tierra. (185)

Sirva esta cita para evidenciar la multiplicidad de fragmentos que bien podrían contribuir a las posibilidades de análisis en tanto el vínculo entre autor y su relación con la naturaleza; menciónese, por ejemplo, la dimensión afectiva o la dimensión política y cómo se entrecruzan. Analizo, pues, dos últimos momentos del libro que me servirán para conectar, de forma más clara, la manera en la que Vasconcelos relaciona naturaleza y paisaje.

Ya licenciado, Vasconcelos comienza a trabajar como empleado del bufete Warner. Viaja a un lugar indeterminado de Zacatecas para “levantar el acto” y legalizar el papeleo del consejo social de una empresa propietaria de minas. En este entorno,

¹⁰ Por ejemplo, en las pp. 112, p. 215 y p. 330.

derruido por la sobreexplotación minera, Vasconcelos afirma que aquello era una comarca en miseria. Su acompañante niega que aquel fuera, en efecto, un lugar desgastado por la sobreexplotación del recurso. “La ciudad sí, por la casi extinción de los trabajadores de las minas; pero el territorio circundante es rico. Esas tierras coloradas y secas no carecen de pastos; se sostienen en ellas millones de ovejas. Ningún otro estado compite con Zacatecas en la exportación de lana” (286), sentencia su amigo. Esto me recuerda a lo que argumenta Ericka Beckmann en *Capital Fictions: The Literature of Latin America’s Export Age* (2012). Según Beckmann, las dinámicas a través de las cuales se acumula y se reproduce el capital se manifiestan también como un fenómeno espacial y geográfico; Rosa Luxemburgo, añade, pareció entenderlo bien cuando argumentó que la solución a las crisis periódicas que enfrenta el capitalismo como resultado de los ciclos de sobreacumulación requería de la incorporación de nuevas zonas geográficas con el objetivo de la ampliación del mercado (339). David Harvey, en *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography* (2001), postula el concepto de “spatial fix”, que no solo hace eco de este ajuste espacial en razón del capital, sino que asegura que la expansión puede, necesariamente, de un “afuera” de esta acumulación, es decir, requiere de “sociedades precapitalistas o zonas rurales al margen de las relaciones del capital” para cooptarlas (369). Que ni Vasconcelos ni su acompañante piensen el páramo yermo como resultado de una acumulación desmedida me parece paradigmático para ese periodo del siglo que, como confirma el joven autor, se caracterizaba por la introducción del capital extranjero y la aparente bonanza que producía: “por allí comenzaban a establecerse capitales americanos en el cultivo de la fruta tropical y del azúcar. Daba gusto contemplar los piñales haciendo llanura, los bosques de mangos finos. También la caña alcanza en tales zonas tamaños y calidades que ya quisieran en Cuba” (320), escribe Vasconcelos con motivo de su viaje por la ruta

del Istmo. Tras la observación de su amigo, Vasconcelos narra que, en aquel momento, faltaban ocho años para que llegaran allí las huestes carrancistas robando ovejas y embarcando los ganados para los Estados Unidos en beneficio de los generales, los ministros de la revolución. “Con tal barbarie volvió a triunfar el desierto”, declara. Que líneas así recuerden al *Facundo* no es casualidad; eventualmente, Vasconcelos se revela también como lector de Sarmiento (influido por la admiración que Henríquez Ureña sentía por el autor argentino) al elogiar a Madero y su imagen civilizadora: “Con diez años de escuela maderista no hubiera sido posible ya el carrancismo; no habrían vuelto a aparecer en nuestra historia los Orozco y Panchos Villa. Madero liquidaba el facundismo, la supremacía del bruto armado sobre el civilizado constructor. Es decir: “cambiaba el sentido de la historia nacional” (438).

Vasconcelos narra que, poco después de conocer a Madero, él comenzaría a instalar clubes antirreeleccionistas en los lugares a los que viajaba por motivos profesionales. En el mismo Istmo, al escuchar hablar a “unos indios” sobre jornales, Vasconcelos piensa que ellos eran la esperanza de la próxima rebelión debido a su descontento. Al respecto, escribe: “¡Desesperado tiene que estar un pueblo que así fía su destino al elemento salvaje de la población”. Sin embargo, Vasconcelos revira. Argumenta que, a pesar de todo, “se experimenta satisfacción de haber penetrado estas regiones que al paso del tren tientan la mirada, fascinan con sus misterio intacto” (323). Es relevante notar cómo, en ocasiones, Vasconcelos parece tajante respecto a la idea de que el paisaje determina a la población y, en otras, los considera elementos disímiles; los indios, en suma, contaminan esas regiones que fascinan con su misterio intacto. Descansando en una aldea del Istmo, y poco antes de la anterior cita, escribe: “El cuerpo fatigado sueña con hospedajes blandos, camas con sábanas blancas y mujeres maravillosas que acogen al caminante. La realidad es un catre de tijera bajo un tejaván;

un mosquitero desgarrado por donde se cuelan enjambres de mosquitos, y la cercanía de un chiquero con cerdos en disputa que a cada rato interrumpen los comienzos del sueño” (Ibid). Estos fragmentos parecen sugerir que Vasconcelos únicamente es capaz de extasiarse con un paisaje que solo puede ser esplendoroso si prescinde de los elementos discordantes a los de su mirada civilizada; en este caso, indios e incomodidades físicas.

Cito otro momento de gran esplendor lírico y personal del libro, sucedido en una finca privada, propiedad de José Rodríguez Cobo, en San Luis Potosí, donde se refugia cuando buscan apresarle por su campaña maderista y su labor editorial en *El Antirreeleccionista*. Tan pronto se instala en aquella casa, junto con Federico González Garza, la voz narradora afirma: “¡Cómo resultan mezquinas todas las luchas del hombre y cómo sería hermoso vivir de eremita ambulante para contemplar la Naturaleza en su plenitud gloriosa!” (330). Vasconcelos escribe que, en aquellas dos semanas, lejos de sufrir algún temor, pasaban, él y sus acompañantes, horas a caballo “por las rutas de la selva”; se bañaban en el río, nadaban y él, en particular, practicaba lazar al ganado. Escribe, respecto a la Sierra Madre Oriental, visible desde el río, que “en un catálogo de las bellezas naturales del mundo, panorama tal ocuparía el primer lugar reservado a las obras maestras. Para calificar la impresión que produce de pasmo, que arrebatara el aliento, no encuentro mejor adjetivo que el *soaring* de los ingleses. No en vano son ellos peritos en materia de paisajes” (334). Obviemos esta nueva mención al conocimiento que Vasconcelos parecía poseer respecto a la tradición inglesa del paisaje para dar paso a lo que yo considero una suerte de máxima para resumir, a grandes rasgos, buena parte de este capítulo: “Una de las más altas bellezas que es dado contemplar al ojo humano, y una de las tantas del México maravilloso, nación en que la gente acumula ignominia y horror a la par que la Naturaleza despliega inefables panoramas” (Ibid).

Montaldo señala que, en la obra de Sarmiento, la naturaleza desencadena la máquina romántica, que es máquina exotista, máquina productora de paisajes; por tanto, de observadores, de identidades, y al hablar de geografías lejanas (las numerosas menciones a los árabes y los andaluces) pone en escena otros mecanismos: “por un lado, los límites del discurso sobre el país; por otro, la perseverancia de Sarmiento de pensar el territorio en términos de proyecto futuro, de instauración del progreso y la racionalidad” (9). La prosa sarmientina, afirma Montaldo, crea un campo de interlocución nacional; crea un sujeto ficticio, el habitante de la Argentina, que mira la pampa y no ve nada, que se abisma en lo indeterminado, en el peligro, y que subraya su diferencia (10).

A mi parecer, Vasconcelos, como lector de Sarmiento, realiza un ejercicio similar. Vasconcelos también genera un sujeto ficticio, él mismo como mexicano ilustrado: perteneciente a una cultura letrada, exiliado, nostálgico del maderismo, testigo de los cambios políticos del Porfirismo y la Revolución, beneficiario y, a su vez, víctima del régimen. Vasconcelos despliega su propia maquinaria productora de paisajes cercana a la de Sarmiento que, por ejemplo, etnografía al gaucho como parte irredenta e inseparable de un mismo paisaje sin porvenir. Acaso Vasconcelos hace algo un tanto distinto: el indio, el norteño y el sureño son población irredenta, muy a pesar del entorno y del paisaje esplendoroso. El paisaje muestra, acaso, las potencialidades de un país a merced de los que después se llamarían revolucionarios. Vasconcelos escribe: “así tomó la revolución el giro campesino que le haría abortar años después convertida en simple venganza de una gleba desorientada” (361). En otro momento, en un viaje a Cañitas, pueblo del norte, expresa:

Me sentía extraño entre aquella gente de pantalón pegado a la pierna, lazadores y vaqueros que no hablaban sino de peleas de gallos, apuestas y coleaderos. Y con asombro y sin simpatía por aquel género de vida, me preguntaba: “¿Será esto de verdad México y no la corteza de europeísmo que mantenemos en las ciudades? Por lo menos, la larga paz porfiriana había relegado a su sitio a aquellos tipos vulgares. Sin embargo, allí estaba la cizaña que Carranza sembraría por el país con disfraces de generales y caudillos (301).

Una cosa era clara: entre todo lo que determinaba la figura de este Vasconcelos observador (la mirada estética kantiana, su criollismo, su naturaleza voluble) parecía existir el deseo de generar un paisaje en el que aquellos elementos que contaminaban el porvenir nacional —porvenir ligado, entre otras cosas, a la abundancia de recursos y lo esplendoroso de la naturaleza— no existiesen. Cabría recordar que él afirmaba que días antes de la caída de Madero, aún pensaba en retirarse a vivir en la naturaleza, en un espacio, no obstante, que fuera seguro, codificado. “Un rancho en la Huasteca para trabajarlo y un rincón en aquella playa para los veranos ardientes, en que ella vendría a visitarme [Elena Arizmendi]; no le pedía más a la vida y no era mucho pedirle porque la selva y el litoral se hallan aún desiertos. Por allí no hay que disputar el sitio al prójimo; apenas a las alimañas” (441). En aquella fantasía idílica, Vasconcelos llega a juzgar que las ambiciones políticas eran fútiles, también las de la notoriedad y la gloria por la cultura, pues nada igualaba al ejercicio del alma en soledad; idea, por un lado, muy latina. “Dedicaría unos años al trabajo profesional y luego vendría el retiro definitivo y laborioso en el campo y la naturaleza” (441).

No sucedió, al menos no en los términos que Vasconcelos deseaba. Tras el asesinato de Madero, Vasconcelos se exilia dos años en Estados Unidos, Centroamérica, Francia y España. Vuelve a aparecer, en 1924, *La Antorcha*, revista que se presentaba con rabia y violencia. Tras un recrudecimiento de las políticas anticlericales, varios obispos exiliados entraron en contacto con Vasconcelos para convencerle de amar una rebelión cristera que, ahora sí, lo llevaría a la presidencia. Este intento se vería frustrado, según lo redacta José Joaquín Blanco, porque Cárdenas le otorgaría garantías al clero. Vasconcelos, nuevamente, se quedaría solo y contrariado. Es en este contexto en el que comenzaría a escribir sus primeros tomos autobiográficos.

El *Ulises Criollo*, si bien es un intento de rememoración de sus primeros treinta y tres años de vida, es sobre todo un texto que se escribe en un contexto de profunda crisis; un texto que abre visos para atestiguar de qué manera uno de los actores políticos más relevantes de México interpretó los sucesos revolucionarios. Sin embargo, es escasa, si no es que nula, la investigación en torno a su interpretación del paisaje, del territorio y de la naturaleza mexicana, tres elementos que a Vasconcelos le atañeron profundamente y que él mismo ligó de manera particular a su imaginario político. Pienso en la importancia de analizar las interpretaciones en torno a la naturaleza de otros tantos actores políticos y culturales del siglo XX mexicano. Acaso esto pueda ayudarnos a comprender qué paradigmas sobre la naturaleza subyacen a los procesos revolucionarios y cómo determinan o influyen en proyectos de nación. El paradigma de Vasconcelos es uno que, tras estos dos capítulos, se presenta de manera compleja. Al mismo tiempo que desea progreso, explotación de recursos y modificación del paisaje, se extasía con entornos que él considera prístinos y vírgenes. Piensa que hay poblaciones que mancillan la belleza de lo natural; sugiere, incluso, que territorio es destino y, por ello, los indios y las personas del norte son incivilizados, pero, al mismo tiempo, al adentrarse en esos territorios, experimenta deseos de aventura. Es un paradigma con cimientos en el dualismo cartesiano, pero también en el pensamiento latinoamericano del siglo XIX y en ideas expansionistas de las fronteras ecológicas. Al igual que su obra, resulta complicado presentar una categorización total del pensamiento natural vasconcelista; es contradictorio, bebe de diversas fuentes, pero sí que hay, al menos, un deseo constante de erigir su propia idea de civilización; también de naturaleza, como un ente separado y disímil..

Cap. III: Pureza y suciedad. Ejes y umbrales naturales en *Los muros de agua*.

“El paso del ámbito civilizado, disciplinado y con convicciones epistemológicas, al infierno representado por cárceles, crueldad, miseria, y un mundo en general caótico”: esto es lo que Frank Loveland postula sucintamente como uno de los umbrales de mayor importancia y recurrencia en la obra de José Revueltas, al menos hasta cierto punto de la producción literaria de sus últimos años (El último Revueltas: el margen como totalidad, 191). Loveland argumenta que las formalidades del mundo civilizado son una base desde la que Revueltas observa y dictamina al mundo y, a su vez, una representación que oculta la verdad terrible de dicho mundo al que bruscamente se entrará en cuanto se cruce el umbral que separa a los dos ámbitos mencionados. Para ejemplificar cómo este recurso, no obstante, se trastoca a medida que la producción literaria de Revueltas madura, el autor toma como ejemplo sus primeras novelas y, en contraste con ellas, *Los errores* (1964), el penúltimo texto de largo aliento que escribiría. Lo que el académico propone es que, a diferencia de los primeros textos, los personajes de esta novela, contrarios a querer cruzar o ser conscientes del umbral que separa la civilización del caos, ya están posicionados dentro del mundo caótico y conocen con plenitud su posición, lo que modifica de manera radical a la voz narradora; esta pasa, pues, de un tono dictaminador o condenatorio a uno más focalizado que tiende a parafrasear a los personajes e ironizar a través de ese parafraseo. Es una voz que no delimita de forma tan tajante la supuesta separación porque, en primera instancia, parece no haberla. Esto es distinto, claro, en el caso de *Los días terrenales* (1949), cuando Gregorio, ya desde las primeras páginas, comienza a hablar del Caos primigenio como aquel “lacerante sortilegio” que, de improviso, se disipa porque se hace “la atroz vida humana” (*Obra reunida*, 467).

Coincido con la siguiente observación de Loveland: si bien *Los días terrenales* también establece este umbral, ningún ejemplo es más notorio y claro que el de la escena inicial de *Los muros de agua* (1941) cuando se narra el traslado a oscuras de los prisioneros comunistas en una “julia”, el posterior viaje en tren y, finalmente, el viaje en barco que los llevará a las Islas Marías, aquel lugar de tanta relevancia en la vida juvenil de Revueltas, donde estaría encarcelado dos veces y que escogería como el escenario principal de *Los muros de agua*. A pesar de su influencia personal y literaria, el presidio ha sido escasamente analizado desde una perspectiva que dé cuenta de las diversas reflexiones de los personajes en torno al espacio como un entorno natural edénico y, a pesar de ello, mancillado, complejo e inclemente¹¹. Me parece prudente, antes de ahondar en esta suposición, dar paso a un paréntesis biográfico con que sustentar la relación afectiva entre el autor y el penal de las Islas Marías.

Antes de cumplir sus primeras dos décadas de vida, José Revueltas ya había sido encarcelado en tres ocasiones. La primera, a los quince años, fue a causa del izamiento de una bandera comunista afuera de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México en el duodécimo aniversario de la Revolución de Octubre. Se le acusa de rebelión, sedición y motín; la pena imputada: un año y un día en la correccional de menores. Dentro, y utilizando el mismo método de protesta al que años después recurriría en Lecumberri, se declara en huelga de hambre. Tras seis meses de prisión, en los cuales descubre y lee a Ibsen, Strindberg y Voltaire, sale bajo fianza. Poco después ingresa al Partido Comunista Mexicano. Milita dos años antes de ser aprehendido nuevamente durante un mitin, en julio de 1932, año en el que, según Javier Mac Gregor Campuzano, el Partido se encontraba operando en uno de sus momentos más críticos de ilegalidad y semiclandestinidad (141). Esto se debía, en un principio, a una directriz de la Internacional Comunista había emitido

¹¹ Dos estudios que ahondan en *Los muros de agua* son los de Edith Negrin, “El agua, la tierra, el hombre... Revueltas nombra” (*El terreno de los días*, 19), “Los muros de la feminidad en *Los muros de agua* de José Revueltas” de Jorge Luis Gallego Vargas (*Tema y variaciones de literatura*. vol. 43. pp. 149-159.)

una directriz que, exigiendo una política de “clase contra clase”, reducía de manera significativa los espacios de participación y de alianzas políticas. Pero también cabría recordar que el Maximato callista se caracterizó por la persecución y la represión de la oposición política, como fue el caso con el vasconcelismo tan solo un par de años atrás. Revueltas, pues, es encarcelado en el penal de Tlatelolco, desde donde lo trasladan, junto a un grupo diverso de veinte personas, a las Islas Marías, movimiento ordenado por el entonces presidente Pascual Ortiz Rubio (*Las evocaciones requeridas*, 40). En ese viaje, Revueltas conoce a Francisco José Múgica¹², importante actor político de la Revolución Mexicana y posterior secretario de Economía del gobierno de Lázaro Cárdenas: por su carrera militar, a Múgica se le había asignado la dirección del penal de 1928 a 1932, seguramente como un premio de consolación. Durante su periodo, Múgica gestionó la introducción de agua potable y servicios de salud al penal, pero incluso en su administración no eran anómalas las decisiones tomadas sin su conocimiento. El traslado de Revueltas es ejemplo de ello, pues él mismo relata que Múgica no era consciente del viaje de los prisioneros y de la presencia del grupo apresado hasta que comenzaron a entonar “canciones revolucionarias” en el barco que los llevaba, y en el que Múgica regresaba a la Isla María Madre después de una corta ausencia. Revueltas recuerda la animadversión que le tenía a Múgica, comportamiento que, cuenta él, debía ser natural, pues se trataba de un “representante y copartícipe del poder arbitrario y dictatorial que oprimía al pueblo” pese a que él, en ningún momento, “escatimó esfuerzos por hacernos lo menos penosa posible la prisión que padecimos durante varios meses” (40). Apenado, Revueltas recuerda cómo, tras ser liberado, y en una posterior reunión encomendada por la juventud comunista con el objetivo de la movilización de sus integrantes a través del país

¹² Para un panorama más completo de quién fue Múgica se recomienda la lectura de “Francisco José Múgica: el presidente que no tuvimos” de Anna Ribera Carbó (Fondo de Cultura Económica: CDMX. 2019). De manera sucinta, participó en la toma de Ciudad Juárez, fue enviado de Carranza para prevenir a Madero de posibles levantamientos entre su ejército y realizó, junto a Lucio Blanco, el primer reparto agrario de Tamaulipas.

(en realidad, dos o tres nimios pases de ferrocarril, aclara el autor), se entrevista con él, ahora Secretario de Comunicaciones. Múgica lo recibe con efusividad e inquiera a Revueltas respecto a su reciente paso por Moscú como delegado del VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista. “¿Que cómo me había ido en la Unión Soviética? La entonación de mi respuesta adopta una cadencia que quiere ser irónica y, ¡Dios mío!, mis palabras un giro con el que están seguras de resultar muy ingeniosas. —¡Pues...! —respondo displicente—, un poco mejor que en las Islas Mariás ¿no cree usted?” (42). Acto seguido, el joven Revueltas, consciente de la extrema intolerancia de Múgica al acto de fumar, enciende un cigarrillo y, en medio de grandes bocanadas de humo, le explica los motivos de su visita.

Dos son las anécdotas que Revueltas presenta en las primeras páginas de sus memorias, empezadas en los años sesenta y nunca terminadas. Recuerda con diáfana precisión aquel bochornoso encuentro (que, como era de esperarse, fue infructuoso) y, páginas después, narra la primera liberación del penal, cuando le abandonan en el puerto de Mazatlán. “Es por la mañana, bajo un sol tórrido. Me han soltado libre, pero esto no me causa la menor alegría: casi es lo mismo haber salido en libertad que quedarse allá: o es peor” (45). Con paludismo y solo ocho pesos, Revueltas observa a su alrededor y de aquel puerto resalta la cantidad ingente de basura, dejando traslucir una escueta conciencia ecológica al hablar de la culpa de aquellos seres que, con sus latas, “terminarán por ahogar al mundo”:

Montones de latas de conservas vacías, montañas, miles, decenas de miles, una pesadilla gigantesca que terminará por ahogar al mundo. Pienso en quienes han devorado el contenido de esas latas. ¿Dónde estará esa horrible multitud de seres? ¿En qué lugar, escondidos, culpables todos ellos? Aquí, en el muelle, en la inmundada playa, solo escucho su obscena masticación unánime, el ruido de sus dentaduras —ya no el mar, ya no el rumor de las olas, ya no el ladrido de los perros—, nada que sea humano, solo su masticación.
(45)

Revueltas reparte culpas, deshumaniza a aquellos que han tirado las latas de conserva. Habla de montañas, “miles y decenas de miles”; es tanto el desprecio que el mar

desaparece ante el pensamiento de aquellos que mastican el contenido de esa “pesadilla”. Desde su perspectiva, esto parece un acto atroz, y resulta interesante porque es una de las primeras cosas que nota al llegar a dicho puerto, que califica de “basura, carcomido, sucio, desdentado” (Ibíd)

Revueltas narra que logró vivir gracias a que pudo enviar un telegrama desde un mesón, donde también le rentaron un cuarto a crédito. Eventualmente algunos integrantes de la sección local de la Unión de Artes Gráficas lo localizaron y lo llevaron de vuelta a la Ciudad de México.

Pasaría un año de tranquilidad hasta que a Revueltas le comisionan la organización de una huelga de peones agrícolas en Camarón, Nuevo León. Ahí, de nueva cuenta, es aprehendido y enviado, por segunda ocasión, a las Islas Marías, no sin antes sobrellevar un largo trayecto que comienza en Monterrey y pasa por Saltillo, Ciudad Victoria, Monterrey en una segunda ocasión, y llega Mazatlán, todo con el objetivo, afirma, de hacer imposible la localización del grupo apresado y trasladarlos ilegalmente a las Islas. Ese viaje, está documentado gracias a un par de notas tomadas por Revueltas. La línea con la que abre la nota de su estancia en la penitenciaría de Saltillo —nota que, de manera singular, posee el subtítulo “I. Primavera”— es: “Pude leer versos de Juan Ramón Jiménez”. (71) Concordaban, afirma, “mis poéticas lecturas” con el hecho de poder observar desde donde se encontraba “los grandes árboles, copudos y pródigos en sombra, una fuente apacible, verdes plantas y severos arcos coloniales” (Ibíd). La unión de aquella vista con Juan Ramon Jimenez lo ponen un “poco romántico” y Revueltas lamenta estar preso, específicamente en esa época del año.

En Monterrey, critica la aparente pulcritud y limpieza de la jefatura de policía del municipio. “Poseyendo una imaginación feliz, el lector tendrá una idea general de lo que es la jefatura de policía en una de las mejores provincias del norte del país: un poco

costumbres yanquis, automóvil club, música clásica los domingos en los parques y empresas, comerciales e industriales, todas ellas cuyos propietarios tienen invariablemente al final de sus firmas la desinencia: *ininc and Co.*” (74).

Cuando el auto en el que viajaban a Ciudad Victoria se avería, a los prisioneros los colocan contra el pavimento húmedo. En ese instante, lo único en lo que piensa Revueltas es en “eternizar” lo que sucedía. El autor describe con especial particularidad las sensaciones físicas del momento; la humedad de la grama, la disposición de su cuerpo, el espacio geográfico:

¡Qué indescriptible sensación tan especial aquella madrugada, camino de Ciudad Victoria! Aquellos hombres que nos custodiaban, el coche descompuesto detenido a media carretera, nosotros recostados en la grama mojada de rocío, las manos aprisionadas entre las esposas. [...] Ignoro si mis otros tres compañeros, José de Arcos, Salazar y García, sentían lo mismo que yo: necesidad de aprehender aquel instante, de eternizarlo, pensando que después estaríamos muy lejos, muy alejados, muertos en vida, sometidos a insultos y bajezas. (78)

A pesar de que no era claro debido a los numerosos traslados, Revueltas y sus compañeros tuvieron la recurrente certeza de que se los conducía a las Islas Marías, siempre mantenían en el pensamiento a “esa maldita tierra partida en tres pedazos que se encuentra en el Pacífico (y perdonen el circunloquio), en el mar desolado y eterno que nos separaría eternamente de la vida por acaso un largo tiempo” (85).

De esta, su segunda estancia en la Isla María Madre, solo hay cuatro anotaciones más y tres cartas que Revueltas envía a su familia. Viviría ahí diez meses antes de que Lázaro Cárdenas le otorgara un indulto y saliera una vez más de prisión en, 1935. Terminaría de escribir *Los muros de agua* en la madrugada del 3 de octubre de 1940, un día antes de la muerte de su hermano, Silvestre, quien fungía como su primer lector. En mayo de 1941, gracias a una “suscripción familiar” que costó los datos de impresión, se publica la novela. Ahora bien, quiero resaltar la minuciosa atención que Revueltas coloca

en el entorno, especialmente en situaciones de pronunciada dificultad o complejidad. “I. Primavera” es un subtítulo singular porque no determina un día específico en su encarcelamiento de Saltillo; abarca, pues, una estación entera, y gran parte de la nota se enfoca en las sensaciones físicas y emocionales que esto, incluso dentro de prisión, le produce. Es un caso similar la descripción a detalle de lo que siente y observa cuando es colocado y esposado contra la grama; la focalización, la minucia, la adjetivación, la sensación corporal, el enlace entre el sentir y la reflexión a partir de la experiencia de los sentidos, todos son elementos característicos de las descripciones de Revueltas, como se reitera en sus obras de ficción. Esta manera de hallar voluntad de asombro en momentos complicados es algo que, a su vez, hacen los personajes de la novela y es algo en que, más tarde, ahondaré.

Regreso, ya en el texto, a la noción de umbral que Loveland postula. Es posible, en efecto, delimitar un umbral entre el mundo civilizado y la barbarie, representado por el traslado físico de los personajes comunistas a las Islas Mariás, lugar al que llegan pasada la página sesenta de la novela. No obstante, quisiera argumentar que, antes de ello, hay ya un atisbo de otro umbral roto: aquel que separa a la naturaleza pura de la violenta; en este caso específico, se manifiesta con el agua de la lluvia. En la segunda página se traza la distinción cuando la voz narradora habla de la imagen de una llovizna que se envilece.

En las tardes de llovizna ligera, cuando llueve con sol (y pagan los avaros, se dice), la tierra comienza a despedir un olor fresco, un olor vegetal de cortezas jóvenes y tallos vigorosos. Entonces los automóviles de la ciudad caminan más despacio, voluptuosamente, y de sus neumáticos surge un ruido favorable, descansado, inactivo y dulce. Es el rumor del agua viajera, sin fango, sin malos propósitos, que baja de las nubes inocentes con el solo fin de dar más luz a la ciudad y acentuar sus tonos claros, sus imposibles cercanías (Obra reunida I, 32)

La distinción se establece cuando esta misma llovizna se torna en un aguacero violento, ronco, que revuelve el paisaje y lo “enturbia” de amarillo, con su barro y con las pisadas

sucias de mil transeúntes. El rumor de los neumáticos mencionados ya no es descansado, dulce: “degenera en chapoteo; la suavidad y la blandura pierden ligereza; se asiste a un ruido lóbrego, como de enfermedades y desgracias, y el alma se vuelve aprensiva, taciturna, como si del inminente cielo fuese a descender un mensaje final e inapelable” (Ibid). Sería posible pensar que lo que en realidad se enturbia es la ciudad, pero lo que se observa aquí es que la misma lluvia ronca, con su característica violencia, es lo que dota a la ciudad de ese rasgo.

El agua aparece desde un principio como símbolo, muy a la manera, al menos inicialmente, en la que Jean Chevalier y Alain Gheerbrant catalogan al agua como fuente de vida, medio de purificación y centro de regeneración (53). Imposible es, a su vez, hablar de la simbología del agua sin referirse a *El agua y los sueños* de Gaston Bachelard, donde se menciona explícitamente que los conceptos de puridad y purificación adjudicados al agua sugieren una valoración moral que la coloca en una dicotomía acorde a sus características: “Para el inconsciente, el agua impura es un receptáculo del mal, un receptáculo abierto a todos los males; es una sustancia del mal” (212).

Gran parte de la novela funciona sobre este eje simbólico y moral. El agua enturbiada vuelve a aparecer pronto, en el segundo capítulo, cuando el vagón húmedo y con olor a agua encharcada al que arrojan a los prisioneros, hace que Rosario rememore episodios fatales de su vida. “Porque el agua huele; cuando deja de ser fresca y corriente, cuando enmudece y es como si cerrara los ojos, comienza a cobrar un olor envejecido, de agua turbia. Y aquí este olor era semejante a otro, de muchos años antes, que Rosario había encadenado a un despótico y desconsiderado servilismo doméstico en casa de su tía Clotilde” (44). Azotes con una vara de membrillo, baños de agua fría y periodos de aprisionamiento familiar en “el cuarto de las monjas”: los recuerdos son producidos por el olor de humedad envejecida y es casi como si Revueltas fuera consciente de estas

asociaciones simbólicas: “Agua y oscuridad removían hoy en Rosario los primitivos y enormemente antiguos temores que esconde, en su fondo, todo corazón” (45). Esta amalgama de reflexiones en torno al agua y sus cualidades opuestas sucede incluso antes de la primera mención de las Islas Marías, de las cuales se habla como “a lo más, una idea, un concepto, nunca un lugar situado en el tiempo y en el espacio. [...] Alguna tierra de hombres vencidos, cuyas cabezas se inclinan sobre el tiempo, abarcando en los brazos, sin contener, toda la condena” (49). Esta figuración casi mística de las Islas Marías es similar al reparo que Revueltas sentía por el archipiélago desde que le encerraron por primera vez.

A mí parecer, el umbral a cruzar en *Los muros de agua* demanda no solo un juicio civilizador a la voz narradora y a sus personajes, sino el desarrollo de una doble conciencia que, al mismo tiempo que puede horrorizarse, también se deslumbra, como es posible atisbar cuando un personaje, El Chato, observa cómo los soldados se inclinaban en el barco para contemplar las pequeñas cosas increíbles del mar “y reían, entonces, como si hubieran descubierto el mundo” (61). Se mencionan sus rostros de niño que se abrían en grandes risas blancas. Se habla de ellos como “pobres soldaditos. Soldaditos prietos, de tierra mexicana; soldaditos que no conocían el mar” y que miraban, por primera vez, esa salobre agua infinita. “No cabían en sí de extrañas emociones; una ola que subía, bañando la cubierta o el mástil que se balanceaba entre dos nubes, les hacían sentir cada vez más el mar del que, a pesar de todo, no estaban aún convencidos cabalmente” (62). Se habla, pues, de “los sentimientos de dulce lasitud y vaga esperanza que nacen al influjo de la líquida inmensidad” solo tres páginas después de que la voz narradora describe al Pacífico como un mar solitario de rumores inexorables y hostiles.

Otra separación particular que se coloca en el eje de lo turbio y lo puro se hace evidente cuando, al pasar el puerto de Manzanillo, se describen los “muelles blancos,

higiénicos, modernos, de la California Standard Oil” (75) mientras Rosario reposa en una litera sucia y revuelta, en su camino al archipiélago. Es una separación, sobre todo, que hace notar algunas contradicciones de la modernidad mexicana; por un lado, el progreso con capital estadounidense; por otro, la aprehensión y tortura de disidentes políticos.

El eje de turbiedad y pureza seguirá rigiendo los acontecimientos de las Islas Mariás, ya no solo con el agua sino con la naturaleza en general. Menciono, por ejemplo, el accidente que sufre Prudencio, uno de los prisioneros comunistas, al caer desde una altura elevada mientras trabajaba. Visiblemente afectados, sus compañeros le llevan, muy malherido, a la enfermería. Convencidos de que no sobreviviría la noche, y ya inconsciente, El Miles y Ernesto aprovechan para salir de la enfermería en un deseo súbito de “dejarse bañar” por un aguacero intenso que Ernesto califica de “¡hermosa tormenta!” (130).

Una técnica similar vuelve a manifestarse cuando, en medio de la tortura del Charro, a quien cuelgan en una higuera para golpearlo sin conmiseración, el narrador descubre un amanecer con “su despertar de pájaros.” Se pinta “espléndido a aquel abrir de ojos de la naturaleza que parecía surgir como del fondo de un inmenso y profundo estanque” (166), a la par que el “cuerpo del victimado oscilaba como un péndulo sin voluntad”. Hasta ahora, en estos dos fragmentos, la naturaleza parece esplendorosa incluso cuando suceden acontecimientos terribles en ella: están separados. Sin embargo, algo cambia cuando se dice que el monte de la isla era un hervidero de trabajo humano y, al mismo tiempo, de sufrimiento, y se afirma que “si el paisaje era bello y dulce, los hombres que a sus pies gemían, las manos ensangrentadas, lo tornaban lúgubre, confuso, desarreglado, como una hermosa mujer lacerada interiormente por la sífilis” (174). Lo que antes, a mi juicio, era una clara separación entre naturaleza y sufrimiento turbio, comienza a difuminarse y esto lo logran los gemidos, las manos ensangrentadas que tornan lúgubre

al paisaje. Ahora es como si se empezara a romper ese eje al disolverse su umbral, y principiara la naturaleza a intoxicarse, a ser vista desde el pesar y el dolor. Santos es el primer personaje que observa su entorno a raíz del agotamiento y de la inclemencia vivida: “La soledad era tremenda y todas aquellas cosas presentes: árboles, ramas, pájaros, piedras, parecían una simple representación de algo que habría sido viviente hace mucho tiempo y hoy sólo era un musitar de signos inexplicables, de latitud desconocida” (179). El eje transgredido comienza también a notarse, por ejemplo, cuando se habla de los abusos de Maciel hacia Soledad, y cómo ella termina enamorándose de él. Es imposible que de la enfermedad brote el amor, afirma ella, y sin embargo, ocurre. “Y de pronto, las cosas normales, las relaciones equilibradas entre hombre y mujer, deshacían el amor, lo cubrían de manchas, rebajándolo y haciéndolo perder su primitivo y puro sentido” (196).

El momento en que esta infección resulta más evidente sucede cuando Rosario, movilizada por un extraño deseo, conduce a El Chato al monte con el objetivo de mantener relaciones sexuales con él. Su sangre, ahora altiva, sucia y descompuesta, se asemejaba a los ríos en las grandes tormentas que recogen “todo el barro que hay en sus cauces, todo lo que secretan, agrios y espesos, los árboles del mal” (232). A punto de que el acto se consumara, a Rosario le parece que sus “antiguas ligaduras terrestres” estaban a punto de romperse. “Antiguas nociones, altas, *limpias*, que iban a naufragar y hoy se detenían en el borde” (233, énfasis mío). Me parece evidente que, justo como lo argumenta Loveland, es la voz narradora quien, a lo largo de la novela, evalúa y dictamina. Es una voz omnisciente que enjuicia, posee un evidente perfil moral sustentado en el eje de lo turbio y lo puro, pero se modifica llegados a este punto.

La novela bien podría terminar con la destrucción total de este eje; al contrario de lo que Revueltas haría en sus obras posteriores, el texto concluye de un modo particular, agridulce. Rosario, en un desplante de ira, hace que El Chato se aparte y piensa, entonces,

que lo conveniente y lo correcto era buscar a Ernesto y a Marcos, a quienes amaba verdaderamente. Afirma: “¡Había que rehacer las cosas, transformarlas, no romper las ligaduras!” (233). Por su parte, estos dos personajes mencionados, se encuentran con Prudencio en el cementerio, quien, en su delirio, producto de su incidente y su herida en la cabeza, planta un árbol. Prudencio los ve como inspectores enviados por la “Gran Administración”, a quienes había que demostrarles que las cosas marchaban bien y ahí los niños eran bien tratados. Él, afirma, sería quien remediaría todos los males plantando dicho árbol, “una especie del Árbol de la Ciencia, del Bien y del Mal”. No se trata, me parece, de una declaración optimista sobre un porvenir posible, sino de la condena del regreso a una conciencia en la que no son admisibles las oscuridades, tanto en la naturaleza como en el ser humano. El regreso, pues, a un mundo contrario a lo que los postulados marxistas de la época se empeñaban en difundir: aquel mundo donde el ser humano habría de redimirse y entrar en completa armonía con el futuro y su entorno; futuro sin oscuridades, sin desánimo, sin desesperanza. No obstante, también se podría argumentar que esta afirmación va muy acorde al realismo-socialista, pues en el mundo del comunismo ortodoxo más bien la imposibilidad de matices es un ideal. En concordancia con esto, se afirma que Marcos y Ernesto desean el “sufrimiento alegre”, aquel sufrimiento carente de obstáculos que lo envilezca; aquel que, como lo dicta el credo comunista, edifica y promete a largo plazo.

Cap IV. Condiciones materiales y ecológicas de *El luto humano*

Engarces y relecturas

En el número 126 de la ya extinta revista *Crítica*, publicado en 2008, Felipe Vázquez escribe “Rulfo y Arreola: de la fraternidad a la discordia”, donde busca argumentar por qué es imposible negar que Juan José Arreola hubiera ayudado en cierta medida a formular la estructura de *Pedro Páramo*; alegato que, para cierto grupo de rulfistas —entre los que se encuentran Jorge Ruffineli, Claude Fell y Jorge Aguilar Mora—, resulta más una afrenta contra el genio entronizado de Rulfo que una posibilidad viable.

Para dichos fines, y haciendo uso de la crítica genética y la crítica textual, Felipe Vázquez afronta los argumentos de un par de rulfistas a partir de su inexactitud en lo genético, su encumbramiento de la figura de Rulfo y la manipulación de fuentes alrededor de la polémica. Gabriel Wolfson, siguiendo la argumentación de Vázquez, se pregunta por qué existe tanto furor y urgencia para negar y hundir la conjetura de la ayuda de Arreola. Como una posible respuesta, esboza la evidente influencia de un fanatismo que glorifica nociones de genio individual y autoría intelectual (198). El mismo Felipe Vázquez se acerca con cautela a los alcances de su investigación cuando, apenas en la tercera página, esgrime que su ensayo es prescindible porque no contribuye a la comprensión de la obra rulfiana, al limitarse a enristrar su lanza contra “esos molinos de viento que se llaman estudios rulfianos” (33). Wolfson difiere, y afirma que si el estudio de un texto no contempla los elementos y condiciones materiales de su producción, corre el riesgo de reducirse al psicologismo subjetivo (Ibíd). Estoy de acuerdo cuando argumenta que, en ocasiones, “necesitamos más ensayos sobre la cultura (en) que (se) produjo una obra, sobre la cultura que esa obra modificó y sobre la o las culturas bajo las cuales ahora, entre otras cosas, puede leerse o volver a leerse dicho texto, en este caso *Pedro Páramo*” (200).

Felipe Vázquez escribe su ensayo en 2008. Tendrían que pasar otros seis años para que Cristina Rivera Garza ahondara de maneras un tanto distintas en la construcción material en torno a la obra de Rulfo con *Había mucha neblina o humo o no sé qué* (2016), que, en cierta medida, trata de focalizar el contexto cultural, político y económico que rodeó a Rulfo. Al respecto, se hace una clara división entre su obra y los trabajos laterales en los que tuvo que emplearse; en primera instancia, como trabajador de la Euzkadi y, tras la publicación de *Pedro Páramo*, como fotógrafo de la Comisión del Papaloapan, impulsada por el proyecto modernizador del régimen alemanista que tenía por objetivo indirecto el desalojo de comunidades indígenas bajo el argumento de que las condiciones en las que vivían eran deplorables.

Es prudente preguntarse, pues, si estos momentos de complejidad laboral constituyen o no la escritura de Rulfo. “¿Es posible concebir la producción de una obra y la producción de una vida sin que una esté supeditada a la otra?”, se pregunta Rivera Garza al inicio de su libro (15). Wolfson ya aventura que se podría esbozar una respuesta mediante el fragmento 47 de *Pedro Páramo*, donde se da la súbita irrupción de una voz heterodiegética que describe de manera casi fotográfica el paso de unos indios que, un domingo, bajan de Apango a Comala y que lucen homogéneos en su tratamiento y descripción: “aquel montón de indios”, resume (205). “¿No está ya ahí la imposibilidad de ver en esos montones de indios nada más que miseria y rotunda ajenidad?” (Ibíd). No lo sabemos con certeza, pero es gracias al reordenamiento de fuentes antiguas y a la obtención de nuevos elementos bibliográficos por parte de Rivera Garza, que es posible realizar una relectura de la obra de Rulfo. Betina Keizman escribe al respecto del libro de Rivera Garza:

En un sentido amplio *Había mucha neblina...* propone una inquietante exploración poética y narrativa sobre ese constitutivo gris que se despliega entre arte y vida, entre las obras autorales y las voces colectivas, y también involucrando otros ámbitos: una escritora

(CRG, en este caso) y los autores que la precedieron, las dimensiones materiales y las constituciones simbólicas, las zonas de contacto entre lo humano y lo no-humano, la producción de una obra y la producción de una vida. En esta zona gris sobresalen las condiciones materiales ligadas a la escritura, que incluyen fuentes económicas, de supervivencia, de un autor, pero también la materia misma del mundo en que cada escritor se desarrolla. (194)

Esa zona gris en la que sobresale la materialidad que determina al texto es la que me interesa indagar para preguntarme hasta qué medida es posible proponer una relectura de otro libro publicado doce años antes de *Pedro Páramo: El luto humano* (1943) de José Revueltas; echando mano, precisamente, del reordenamiento, los nuevos documentos y fragmentos específicos del texto.

La huelga de Camarón

No es imposible, pero resulta incompleto leer a Nellie Campobello sin la contextualización del declive villista, y es menos fructífero leer a Salvador Novo sin la consciencia del incipiente traslado freudiano a México. Si a primera vista tuviésemos que crear un binomio paralelo a la obra de Revueltas, la vía más adecuada sería colocar al marxismo como su complemento indisoluble. Esto, no obstante, no ha impedido que la obra revueltiana goce de aportes de distintos ámbitos: estudios de género, teoría periodística, o filosofía política, por mencionar algunos.¹³ Indagaré, a partir de apuntes biográficos que el mismo Revueltas dejó, en las razones por las que considero posible, en este sentido, una lectura ecocrítica de *El luto humano*.

Antes de las reediciones actuales de ERA —que, en términos editoriales, aún contienen erratas— la obra de Revueltas estaba dispersa en veintiséis volúmenes. Uno de ellos corresponde a sus memorias, intituladas *Las evocaciones requeridas*, nombre que

¹³ Representación literaria de madres y putas en dos historias de José Revueltas. La contra-nota roja de José Revueltas: un testimonio de denuncia social. ¿Proletariado sin cabeza o cuerpo social domesticado? Notas para una lectura crítica del ensayo de José Revueltas.

también lleva el actual tomo séptimo de su obra completa. En él, *Las evocaciones...* no van más allá de treinta páginas y, según lo escrito por Revueltas, surgieron como una idea colaborativa entre Enrique Ramírez y Ramírez y él que, finalmente, no se concretó a cabalidad (39). En estas cuartillas, Revueltas solo relata el ya comentado episodio del general Mújica y su primera liberación de las Islas Marías. Tras esto, el tomo recopila los documentos que, me parece, constituyen la verdadera autobiografía: su correspondencia y unos apuntes datados. El primero en la cronología corresponde a un pequeño texto llamado “Sabinas Hidalgo”, sucinta descripción de la llegada de Revueltas al norte del país (63). Con diecinueve años, llega a Monterrey, animado por la promesa de una insurrección obrera que, según el Partido Comunista Mexicano, comenzaba a gestarse alrededor de un grupo de colonos inconformes por su desalojo de los márgenes del río Santa Catarina. Ya ahí, y tras el desánimo que sobrevino al descubrir que a los pobladores ya les habían concedido terrenos en otra latitud, Revueltas se entera de que en un poblado llamado Camarón, del mismo estado, había estallado una huelga de, se dice, cinco mil obreros agrícolas. Según el texto, se entera a través de una nota de periódico mientras está en Sabinas; la noticia lo hace “mudar violentamente los planes” y se decide a partir (65). Lo particular de “Sabinas Hidalgo” es que, apenas iniciado el texto, Revueltas ofrece un análisis del paisaje que deja entrever una propia visión de lo nacional a su corta edad: “El norte es tierra blancuzca e hiriente. Llanuras y desiertos todavía sin domar: ariscos, poblados de matojos y chaparros, de dolorosos cactus que martirizan, torturan la carne, casi símbolo de toda la tierra mexicana, india y dolida. [...] El viento es un viento loco, sin freno. Viento del norte. Feroz viento mexicano, libre, libérrimo” (63). Tras ello, Revueltas hace un breve recuento del tipo de hombre que habita esas tierras: “Nervudo. Violento. Amable. Trae en las rudas uñas todavía la tierra que rasca. [...] Sus ojos, claros, verdes, azules, grises, hablan de no sé qué atávica supervivencia extranjera, tenaz, inflexible y

bondadosa, todo junto”. Este tipo de hombre es, claramente, distinto al que, acto seguido, se describe del siguiente modo: “Muy lejos, el indio, desplazado por esta especie de criollo hospitalario, bondadoso, gallardo y valiente; lo encierra, hermética, la montaña, huraño y noble, con sus tradiciones, su sangre, su piel morena y su dolor metido en las venas. ¡Todavía aúlla con el viento por las llanuras desiertas, y su cara rugosa se penetra de las piedras ariscas y de los negros tajos sombríos” (Ibíd).

Acto seguido, el autor se pregunta a qué se debe la presencia de “este cutis blanco, estos ojos claros, este continente fuerte y musculoso” que es el hombre del norte, “por igual osado, por igual abierto y rudo”. ¿Es derivación de “los americanos de cabellos rubios, aquellos rudos sajones, osados colonizadores que invadieron el suelo, o el altivo español, brillante y audaz?” (Ibíd) No hay respuesta; Revueltas se limita a escribir: “Tal la tierra y el hombre”, antes de trazar un sucinto retrato de Sabinas, con sus árboles sombríos y copudos y un río en el que, al zambullirse, se abren los poros a todas las buenas sensaciones y al mayor sosiego “provinciano en los corazones” (64). Es interesante la atención que el autor presta a un hombre, “el rico del lugar”, llamado Manuel García y apodado *El Millonario*, individuo que, según Revueltas, planea industrializar Sabinas después de haber instalado un molino, construido una presa y abierto un par de escuelas. Al joven comunista le genera desconfianza este proyecto; de tal manera, “adherido al sabor feudal y mortecino del pueblo, se incuba el capitalismo moderno, amenazando la quietud, la calma, las tradiciones y las viejas costumbres del lugar” (65), y no solo ello; afirma que, gracias a la carretera internacional de México a Laredo, se percibe como las orillas de aquel “pueblito” se han convertido, poco a poco, “en turísticos sitios de estaciones de gasolina, *diners-rooms*, *bars*, y anuncios de hoteles regiomontanos vertidos al inglés para uso de viajeros yankis venidos del otro lado” (65).

Revueltas resume así esta amalgama de contextos aparentemente disímiles confluyendo en un solo lugar:

No deja de ser curioso el ecléctico combinado que nos ofrecen la supervivencia colonial, respetada por puro acaso, la filantropía de un millonario de provincia que favorece al pueblo con sus innumerables explotaciones, y esta carretera a Laredo, a quien la “AMA” ha convertido en letreros recortados, anuncios y prevenciones cautelosas para los automovilistas. A vuelo de pájaro, esta fue la visión que de Sabinas Hidalgo tuve cuando finalizaba el febrero loco de los vientos. (Ibid)

En este pequeño texto, resaltamos cuatro elementos: una visión particular de los “indios” como población desplazada pero, al mismo tiempo, idealizada y portadora de ciertos caracteres nacionales totalizadores (el dolor primigenio, la bondad, el hermetismo); una incipiente conciencia de los procesos modernizadores del país que estaban siendo llevados a cabo desde la inversión privada y la inversión pública, modificando el paisaje, y de nuevo, una proclividad a escribir y datar las minucias tanto sensoriales como personales de sus pasos por el país. Por último, nótese la manera en la que se habla del territorio recién conocido: “llanuras y desiertos sin domar: ariscos, poblados de matojos y chaparros”, “dolorosos cactus que martirizan la carne”, y cómo Revueltas los considera símbolos de un México indio y dolido. Es sutil, pero las palabras de Revueltas, específicamente “sin domar” y “arisco” hacen que el desierto adquiera carácter de ingobernabilidad y, como él mismo lo demuestra, hace que se torne símbolo y reflejo de la problemática nacional.

Otra muestra de la proclividad a escribir y datar, puede encontrarse en la siguiente carta que Revueltas escribe a su familia ya desde Camarón, el 16 de marzo de 1934. Breve y puntual, en esta pequeña misiva Revueltas dedica poco más de una cuartilla a explicarle a su familia lo que sucedió en Sabinas desde otro registro discursivo más ameno, menos categórico, y menos abundante en descripciones abigarradas. En esa carta, el joven Revueltas se permite, por ejemplo, hacer un repaso de un domingo vivido en aquel pueblo provinciano que califica de “encantador” con sus costumbres pueblerinas, sus convivencias

de kiosko y sus bailes de boda. “Yo anduve en la de dar y recibir, encantado de la vida”, escribe (70). Ya hacia el final del texto, y sabiendo que quizá no es del interés total de sus interlocutoras, Revueltas hace una mención de la huelga en Camarón, misma que lo orilló salirse de sus “idilios sabinescos” para “salir volando a ese lugar”. “Aunque no creo que les interese demasiado, el movimiento revolucionario en ésta es formidable. No hay descanso. Se nos avecinan cosas soberbias. *Todo esto me hace estar encantado de haber nacido*. Pienso no regresar a México hasta después de que no hayamos hecho algo realmente de provecho en toda la región.” (Ibid, énfasis mío). Desplantes de este tipo, de una veta emocional y, digámoslo así, afectiva, no son anómalos en la correspondencia de Revueltas, y esta particular atención a su entorno y los sucesos a su alrededor, nimios o no, tampoco disminuye a lo largo de los años, como después podremos notar.

Respecto a su llegada y su quehacer en Camarón, estos dos son los únicos textos biográficos que Revueltas escribió. Posteriormente, en una entrevista con Héctor Aguilar Carmín, ya en 1968, Revueltas diría, en retrospectiva, que “no podían resignarse al ridículo de volver (a la Ciudad de México) sin haber orientado un movimiento de masas” y que ahí, en Camarón, “estaban los compañeros huelguistas muy bien organizados, muchos de ellos armados y apoyados por la vaga simpatía del gobierno estatal, que los había dejado avanzar sin obstaculizarlos mucho” (El camarada Vadillo, 1). Sabemos, pues, que Revueltas estuvo en Camarón casi un mes. El 10 de abril es apresado y conducido, de nuevo, a las Islas Marias. Poco antes de eso, gracias a documentación telegráfica, también sabemos que la labor de Revueltas era agitar a los pobladores de Camarón:

GERENTE SISTEMA DE RIEGO NÚMERO 4 INFORMA QUE INDIVIDUOS AJENOS A COLONIZACIÓN LLAMADOS P. SALAZAR R. FERNANDEZ R JOSE DE V DE ARCOS. J. REVUELTAS ESTAN HACIENDO LABOR AGITACIÓN HACIENDO CIRCULAR HOJAS SUELTAS CONTENIENDO ATAQUES A AUTORIDADES E INSTIGANDO A COLONOS CONTRA GERENTE Y BANCO NACIONAL DE CRÉDITO AGRÍCOLA PUNTO SUPLÍCOLE ATENTAMENTE ORDENE EXPULSIÓN

DE SISTEMA DE RIEGO DICHS INDIVIDUOS PARA EVITAR GRAVES PERJUICIOS TRATAN DE OCASIONAR AL GOBIERNO (51, en Rivera Garza. *Autobiografía...*)

A partir del documento, enviado al gobernador de Nuevo León por un tal Becerril Colín, ejecutivo de irrigación, conocemos una ubicación específica en Camarón: el Sistema de Riego Número 4. Ahí se ubicaba también la presa Don Martín, alrededor de la cual se generó la huelga que exigía medidas específicas para los colonos: el pago del salario mínimo, la suspensión del pago de impuestos prediales para el Estado y el Banco Nacional de Crédito, y la continuación del proceso de distribución de tierras ejidales alrededor del Sistema y la presa.

A partir de la labor documental de Rivera Garza, sabemos que la presa Don Martín había comenzado a ser construida siete años antes de la huelga, y se encontraba ubicada en el cauce que une el río Salado y el Sabinas. Tuvo un embalse de 1396 hectómetros cúbicos destinados principalmente al riego agrícola de las tierras del Distrito, muchas de ellas dedicadas al monocultivo del algodón, materia prima que se exportaba a Estados Unidos y que garantizó una relativa bonanza para pequeños y grandes colonos (caso distinto para los trabajadores agrícolas). Sería en 1937, tres años después de la huelga, que comenzaría la migración fuera del Sistema de Riego, esto tras una acumulación de inundaciones, sequías y la cada vez más escasa adaptabilidad del suelo que, por claras razones geográficas, no coincidía con las exigencias de la siembra. Esto último ya era palpable incluso desde el momento de la huelga, como es posible constatar en un telegrama recuperado en el que un grupo de colonos informó que se negaba a pagar el impuesto al estado, entre otras razones, debido a “la falta de semillas aclimatadas a la región” (1, Una emigración extraña).

Hasta aquí, un recuento de un conflicto del que, dado el contexto —por ejemplo, que Calles mismo asistió a la inauguración de la presa, en el 30, y que se refirió a ella

como “un proyecto personal” o que, en sus momentos de mayor bonanza, el Sistema abarcó un área de 60 mil hectáreas— sorprende que no exista documentación abundante. Todo lo que, en su momento, se supo fue gracias a estos dos únicos apuntes de Revueltas y a su involucramiento en el asunto como enviado del Partido Comunista Mexicano. Actualmente, es posible referirse a este conflicto en el norte del país si se busca hablar con un poco más de precisión de la obra revueltiana, pero contrario a otros sucesos biográficos de la vida del autor, se debe buscar con más especificidad y puntualidad. En la misma obra, la profundidad del suceso no es revelada hasta ya bien entrado el libro, y es, quizá, pequeña en comparación a la inundación, el éxodo casi bíblico, o la intrincada relación entre Úrsulo y sus acompañantes, pero vertebrada todos los acontecimientos; es la huelga fallida del Distrito de Riego y el asesinato de Natividad, líder del movimiento, lo que pone en marcha a la novela. Antes de que la novela nombre directamente la pugna que desemboca en la migración de la mayor cantidad del pueblo y la extrema precariedad en la que viven los personajes, se acumulan menciones sutiles al evento. “Allá vivían como perros famélicos, después de que la presa se echó a perder y vino la sequía. Vivían obstinadamente, sin querer abandonar la tierra.” (258). Se designa, por primera vez, a la presa, y poco después de esto, el problema adquiere más especificidad con las palabras: “huelga” y “Sistema” en un posterior exabrupto del narrador. “¡Si en realidad se desbordara el río! Después de todo lo que había pasado en esa tierra, que primero la huelga, después el fracaso del Sistema y en seguida la sequía como si se tratara de una tierra maldita” (274). El espacio físico de *El luto...* es el Sistema de Riego, y este adquiere su nombre completo después de otro momento en el que solo se refiere a él de forma abreviada. “Los amigos de Úrsulo estaban sentados en la banquetta, frente a una casa de madera de las del Sistema” (334); esta descripción es el preámbulo a una indagación más definida en la importancia de Natividad y el conflicto agrario.

Natividad llegó al Sistema de Riego y al poco tiempo todos los peones se levantaron en una huelga general. Al principio Úrsulo fue enemigo de la huelga, pues se sentía afectado como propietario que era. Una conversación con Natividad, empero, fue suficiente para convencerlo. Él era, le dijo Natividad, un propietario miserable, de quince hectáreas y la huelga estaba dirigida más bien contra los grandes propietarios. Úrsulo se incorporó al movimiento en compañía de sus dos peones (335).

La posibilidad de que sea cualquier otro Sistema de Riego y no el número cuatro, se descarta, sugiero, desde el momento en que, en un ejercicio extraño de la voz narradora, se hace una mención directa a los implicados reales en las labores de agitación de Camarón. “—Pues mi general ya está cansado de lo que pasa por aquí, en el Sistema —dijo el ayudante—. Primero la agitación sembrada por José de Arcos, *Revueltas*, Salazar, García y demás comunistas. Luego ese líder, Natividad... Y ahora otra vez...” (367, énfasis mío).

Lo que pretendo argumentar, llegados a este punto es que *El luto humano* está ubicado en el espacio geográfico que Revueltas observó en su viaje juvenil al norte y que la relevancia biográfica del suceso no es menor. Llegados a este punto, me gustaría utilizar el concepto de *escrituras geológicas* que Cristina Rivera Garza propone para hablar de una miríada de textos entre los que se encuentra la novela de Revueltas.

En un texto titulado “El escritor y la tierra”, leído poco después de ganar el Premio Nacional de Literatura por *El luto...*, Revueltas afirma: “La primera condición del escritor —hay que decir también del carpintero, del albañil—, la primera condición del hombre es pertenecer. Parece obvio, pero al hombre se le dijo esta primera palabra de pertenecer y también se le dijo a la piedra y al árbol. El árbol pertenece, está ubicado, tiene un sitio” (548, *José Revueltas: Obras completas 6*). Revueltas escribe que el escritor no tiene autoridad para estar por encima de las cosas ni el desorden que él, idealmente, debiera representar. Se debe, pues, tomar nuestro “vestido de tierra, nosotros, féretros que tenemos pasos, y comprometernos ligándonos al mundo [...] ¿Quiénes somos nosotros para no

pertenecer? Nuestra primera condición es estar en tierra” (335). Cristina Rivera Garza argumenta que, en la afirmación de Revueltas sobre nuestra condición primigenia de pertenencia a la tierra, ha de añadirse que esa tierra “no es una *tabula rasa*, separada de los avatares y la historia del planeta y la humanidad” (*Escrituras geológicas*, 20); Revueltas parecía ser consciente de que el espacio era siempre un espacio en disputa: “ahí, especies distintas y comunidades con acceso desigual al poder, se encuentran y se oponen, se acoplan y se expulsan” (21). Para Rivera Garza, una escritura geológica es una escritura desedimentativa en el sentido que Kathryn Yussof califica a la desedimentación: una manera a través de la cual es posible “poner al descubierto la vida social de la geología” (23) con sus procesos de acumulación, explotación y/o racialización. La autora argumenta que lo que en su momento llamó *voces* (las de la no-autoría, las de la re-escritura, las del archivo) en *Los muertos indóciles* (2013) son, en realidad, “sedimentos textuales”: “papeles de archivo o de transcripción de entrevistas, ya en forma de material gráfico o de notas de campo o de documentos de segunda” que, sugiere, se deben “auscultar, levantar, interrogar y subvertir en el recorrido vertical y descendente que exige la conciencia del tiempo profundo” (25).

Pretendo afirmar que tanto el telegrama que cito como la recopilación de documentos biográficos son sedimentos textuales en tanto me sirven para argumentar que, al auscultar en su condición material de escritura, *El luto humano* se puede revelar como una novela configurada sobre un conflicto ecológico del que Revueltas era conciente. Trayendo a colación nuevamente a Elizabeth Povinelli, ese conflicto se puede resumir en la intención de ciertos poderes de hacer “rehabitable” el desierto; producir “ahí donde la vida estuvo, y donde podría volver a estar de utilizarse apropiadamente los conocimientos, las técnicas y los recursos necesarios” (34). Revueltas mismo ve en el desierto cierta ingobernabilidad y monotonía. Se trata, pues, de un espacio comprendido no como un

territorio con su propia complejidad y procesos situados, sino como uno donde es posible extender las fronteras ecológicas de la extracción (*Escrituras geológicas*, 73). En ese “drama del desierto”, como lo nombra Povinelli, es donde parece insertarse, a mi parecer, *El luto humano* en tanto obra y en tanto producto cultural y político. Para Rivera Garza, sería difícil entender el drama que se desarrolla entre los personajes de *El luto...* sin prestar atención al drama fundacional que surge del desierto mismo, drama que, como podemos notar, fue raíz del conflicto real de Camarón: “esa lucha agónica entre la sequía y la presa, la tierra árida y la agricultura, las formas de trabajo que éste incita y requiere, y las nuevas desigualdades sociales que ocasiona el conflicto laboral cuya derrota conducirá eventualmente a la ruina de la región.” (74). Afirmo que Revueltas era consciente de esta disputa no solo por los fragmentos citados en donde se menciona al Sistema de Riego, sino por otro singular ejercicio de la voz narradora en un fragmento posterior del texto y que involucra una mención directa a la presa, a Natividad y Adán, un enviado del gobierno para asesinarlo.

A la pregunta de Natividad respecto al modo de trabajo del pueblo, Adán responde que el primer paso es barbechar, pero la voz omnisciente interviene, aún más enrarecida, entre paréntesis: “(De cerca, sin embargo, el agua no era transparente; más bien blanquecina. Junto a las pequeñas compuertas de los drenes mostraba cierta espuma de salitre y materiales perjudiciales)” (394). Luego viene la siembra, dice Adán. “(A la larga este líquido impuro podría estropear la tierra, ya de suyo mala, dura, probablemente sin fosfatos en cantidad suficiente)”, revira la voz desconocida. Cuando Adán añade que el paso siguiente es regar con mucho tiento, la voz vuelve a intervenir: “(Con abonos, suministrados en apreciable cantidad, y estableciendo un sistema de rotación que dejase descansar la tierra, podría explotarse aquello, no obstante, por un periodo más largo, pues de otra manera la vida de la unidad tenía el tiempo contado)” (395). Líneas después, la voz

intrusa aboga por un modo de propiedad cooperativo y de trabajo colectivo en las tierras del Sistema, antes de afirmar, no obstante, que esto sería imposible, pues ahí, en medio de la labor de cosecha, “había un banco, unos políticos, intereses cuantiosos”. Estas oraciones del narrador me parecen injertos ideológicos muy acordes a cierta idea de política agraria más cercana a estatutos de izquierda de primera mitad de siglo. Esta misma voz arremete, páginas antes, contra los intentos del gobierno de “imprimir a la reforma agraria un sentido moderno y avanzado” a través de una dinámica de trabajo entre agencias de banco y la Secretaría de Agricultura. Dicho párrafo cierra con un descreimiento mordaz de esa dinámica del Estado:

De esta suerte el gobierno lograba una serie de objetivos: establece con seria raigambre una mediana propiedad, sólida y conservadora; moderaba, con ello, los ímpetus extremistas de la revolución agraria, y al mismo tiempo, aparecía como un gobierno que no abandona sus principios y que aún es capaz de inscribir en sus banderas aquel vandálico lema de Tierra y Libertad (392)

Esto, creo, implica no solo un descreimiento de la política de un Estado posrevolucionario sino también un descreimiento de la promesa de bonanza que produjo el intento de generar un monocultivo de algodón en una tierra poco aclimatada para el sembradío.

El personaje de Natividad es, acaso, la resistencia ingenua a las contradicciones de la reforma agraria mexicana que Revueltas pudo observar de primera mano en aquella estancia en Camarón. No obstante, aquel personaje que es Natividad (que es puesto, particularmente, a lado de nombres y personas reales) no es suficiente para hacerle frente a un asesino a la tierra exhausta, las sequías y la pérdida de la huelga. Ya casi al final de la novela, el narrador vuelve a intervenir de manera singular a través de un diálogo entre Natividad y Jerónimo: “El agua no sirve, y la tierra tampoco. El Sistema podría salvarse, sin embargo, con abonos, mejorando la presa y estableciendo una gran cooperativa. Perder la huelga equivale a perderlo todo” (460). Nótese aquí como la voz narradora, que de por

si ya emitía juicios, aquí ya bordea lo didáctico. Esta es, también, la segunda vez que se describe una propuesta que pudo haberse implementado para salvar el Sistema, como si el narrador emplease su clarividencia política en retrospectiva; como si se encontrara en un tiempo posterior al fallo de la huelga. Me gustaría pensar que esta voz narradora se corroe de las ideas políticas de Revueltas, claramente, y también de la vivencia específica de sus días en Camarón, del conocimiento que solo ahí pudo haber adquirido respecto a sistemas de rotación de tierra y fosfatos; ahí, en una huelga perdida en medio del norte del país, de una movilización que no por contenida y aislada no significó, para Revueltas, un ejemplo menor de disputa; ejemplo de la situación nacional, de las dinámicas del Estado, de la imposibilidad de hacer sustentable el monocultivo porque un sistema de rotación de tierra no es plausible en una producción masiva. Revueltas tomó el conflicto agrario de un pequeño poblado del norte y lo tornó material fundamental para una de las novelas más relevantes de su producción narrativa; y lo hizo a través de una minuciosidad que se percibe a través de los documentos biográficos que él mismo redactó y otros que, gracias a la labor de Rivera Garza, se recuperaron. El que Revueltas haya dejado tras de sí una cantidad ingente de textos, de forma similar a Vasconcelos, y que parte de esa obra comprenda crónica y textos autobiográficos, me orilla a pensar que, de manera similar a este, Revueltas entendió a la literatura como una parte indisoluble no solo de su vida, sino de su forma de observar el mundo, de ligarse, como él bien dice, a la tierra; de estar en ella.

Ubicada en el Panteón Francés de la Ciudad de México, la tumba de Revueltas consiste en una sencilla lápida en la que reza su epitafio, una cita de Goethe dicha por Mefistófeles: “Gris es toda teoría, verde es el árbol de oro de la vida”. Que esta sea la frase predilecta de uno de los autores más teóricos del siglo XX mexicano sorprende, escribe José Emilio Pacheco en el prólogo a *Las evocaciones requeridas* (11), libro de donde

recupero gran parte del material citado aquí. Pacheco escribe que Revueltas, seguramente, jamás pensó que fuéramos a leer sus “papeles más personales”, y afirma que, no obstante: “aquí está la tierra que nutrió el árbol de su trabajo y recibió todas las sustancias corrosivas, sí, pero también el sol, el aire y la lluvia” (12). Pacheco parece entender que la vida de Revueltas estuvo determinada, como sus textos lo dejan entrever, no solo por la convicción política o teórica, sino por un profundo enlace al mundo sensorial y natural. Un proceso de relectura a través de los sedimentos textuales implicará pasar a través de las afectividades del autor, aquello que Thomas J. Lyon llama “personal responses to nature”. Estas respuestas personales de Revueltas produjeron, a partir de un viaje por el norte y del conflicto de Camarón, un par de textos datados y una de las novelas más relevantes del siglo XX mexicano.

Conclusiones

El campo de la ecocrítica es, poniéndolo en perspectiva, incipiente; su corpus bibliográfico abarca solo un par de décadas y su acercamiento a Latinoamérica y México es, incluso, más reciente. Los investigadores están de acuerdo con el hecho de que escasean espacios académicos enfocados, específicamente, en esta rama de los estudios literarios. Desde mi perspectiva, la ecocrítica en México se dirige, en ocasiones, a estudios que buscan retomar textos con la intención de colocarlos bajo una luz positiva, confiriendo valores idealizados y románticos a la escritura de algunos autores. Tomo, por ejemplo, a “Del espacio al lugar y justicia ambiental: una propuesta de lectura ecocrítica de ‘Nos han dado la tierra’ de Juan Rulfo” (2021) de Aehecatl Muñoz Gonzalez, cuya propuesta de leer a Rulfo en ese cuento como un incipiente activista ambiental resulta escueta. Me gustaría creer que la ecocrítica no se reduce a la relectura bajo la óptica positiva; hace falta problematización.

A lo largo de este trabajo, se intentó presentar una revaloración de diversos autores mexicanos que comparten la coincidencia de ser actores políticos relevantes de su tiempo. Indagué en la posibilidad de esclarecer particularidades a lo largo de su obra que no han sido atendidas de manera abundante. Tanto Vasconcelos como Revueltas han sido leídos de manera fructífera desde muchos frentes teóricos. Tomando de referencia estas invaluable aportaciones al entendimiento de su obra, se quiso encontrar puntos de contacto con varias nociones de la teoría ecocrítica.

Vasconcelos fue un individuo multifacético, abigarrado y complejo. Estas características las arrastra a su pensamiento en torno a la Naturaleza. Deseó el establecimiento de una nueva sociedad emancipada en el trópico del sur del continente de la mano del aprovechamiento de las fuerzas cinéticas del Iguazú y de los recursos a su alrededor. No obstante, este proyecto civilizatorio se entronca con ideas de producción

capitalista y turística, sugiriendo, incluso, una retórica bélica en contra de las inclemencias del trópico tan deseado e idealizado. No me parece anecdótico que se encuentren referencias eludidas o explícitas a Domingo Faustino Sarmiento o a Andrés Bello; los tres propusieron cosas similares en tanto los tres desearon organizar o subordinar elementos ingobernables de sus respectivas naciones a través de la escritura.

Revueltas era un marxista obsesivo que, a lo largo de los años, se fue separando de una doctrina cada vez más ortodoxa. Sus libros fueron una gran fuente de polémica debido a que no parecían ajustarse a las directrices de los postulados del realismo-socialista y fue expulsado y rechazado de todo partido al que buscó integrarse.

Revueltas, en su obra, parece ser consciente de las dicotomías clásicas que determinan a la Naturaleza y la Civilización, pero, en ocasiones, las subvierte, las solapa. Parece ser consciente de que estuvo involucrado directamente en disputas en las que el factor ecológico era un determinante; ya sea porque la presencia de lo natural acentuaba y contrastaba el horror del drama humano o porque la disputa agraria en Camarón determinó de manera acentuada la escritura de *El luto humano*.

Considero que aún hay un largo trecho para determinar hasta qué punto la literatura mexicana acepta relecturas desde la ecocrítica sin caer en la imprecisión o en la forzada relectura. A reservas de que este sea un caso en el que la imprecisión también prime, espero que algunas ideas arrojadas en este acercamiento puedan, si bien no ser rechazadas, sí ser contrastadas o dialogadas. El campo de la ecocrítica es, de nuevo, incipiente, pero posee una potencialidad de esclarecimiento y discusión en nuestro territorio, definido por políticas de explotación que se gestaron siglos atrás y que aún hoy perviven; amparadas bajo una lógica de Estado en que la producción ingente es necesaria y la modernización es sinónimo de devastación ambiental. Las reformulaciones de la expansión del capital no cesan.

En *El capitaloceno: una historia radical de la crisis climática*, Francisco Serratos habla del periodo Pérmico como una era geológica que le obsesiona. “Fue un periodo definido por un solo acontecimiento: los acontecimientos, en cierta forma, *desacontecieron*; todo fue desapareciendo paulatinamente sobre la superficie del planeta” (9). Serratos afirma que los geólogos aún debaten sobre las causas de esta extinción y sobre su duración, suscitada entre el final del Paleozoico y el inicio del Mesozoico. Mi interés en torno a la ecocrítica sucedió desde el momento en que intenté ahondar en las causas del estado actual del planeta. Engorroso sería enumerar los récords de temperatura rotos, la acidificación de los océanos, la devastación producida por el monocultivo; el consenso general es que la crisis climática se agrava año con año y sus consecuencias son más palpables. “Es un periodo [el Pérmico] que me apasiona porque hasta cierto punto me recuerda mucho a mi presente. Vivimos tiempos de desamparo y extinción en los que nos vemos a nosotros mismos como víctimas de un proceso que parece imposible de entender y detener”, escribe Serratos. Si, de nueva cuenta, es cierto que todo en la ecosfera está interconectado, me parece que la literatura ha llegado un poco tarde al cuestionamiento de sus métodos de producción en relación con el mundo natural, y es sorprendente dado que la escritura ha determinado, en diversos momentos, nuestra relación con el entorno, desde Descartes y Bacon hasta los escritores del XIX en nuestro continente. No pretendo hallar el hilo negro de la cuestión, pero sí intento hacer ver que dos de los autores más políticamente activos de nuestro país también contribuyeron a un pensamiento específico de la naturaleza: el de la evidente escisión entre esta y la humanidad.

Intenté regresar a estos autores porque su lectura, actualmente, es un tanto escasa entre la población joven debido a prejuicios gestados por la vida posterior a la campaña del 29, en el caso de Vasconcelos, y por la poca atención que una obra política como la de

Revueltas suscita. Pero, del mismo modo, trato de hacer algo que Serratos presenta como imposibilidad de nuestros tiempos: entender. Quisiera, sobre todo, entender qué nos ha traído a este punto de aparente no retorno. Y esta labor implicará, siempre, una relectura del pasado. Cada uno, en su disciplina, lo afrontará de distintos modos; este es tan solo un acercamiento en la mía.

Bibliografía:

- Aguilar Cármin, Héctor. El camarada Vadillo. *Nexos*. Marzo de 1990.
- Bachelard, Gaston. “El agua y los sueños: ensayo sobre la imaginación de la materia”. Fondo de Cultura Económica: CDMX. 2003.
- Bateson, Gregory. *Mind and Nature: A Necessary Unity*. Hampton Press: New York. 2002.
- Beckman, Ericka. *Capital Fictions. The Literature of Latin America’s Export Age*. University of Minnesota Press: Minneapolis. 2012.
- Bello, Andrés. *Obras completas de Don Andrés Bello. Volumen 3. Poesías*. Pedro G. Ramírez: Santiago de Chile. 1883.
- Blanco, José Joaquín. *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*. Fondo de Cultura Económica: Ciudad de México. 1996.
- Branch, Michael. “Indexing American Possibilities”. *The Ecocriticism Reader. Landmarks in Literary Ecology*. The University of Georgia Press: Athens. 1996.
- Cosgrove, Denis. *Social Formation and Symbolic Landscape*. University of Wisconsin Press: Madison. 1989.
- Commoner, Barry. *The Closing Circle: Nature, Man and Technology*. Alfred A. Knopf: New York. 1971.
- Fell, Claude. *Los Años del Águila*. Universidad Nacional Autónoma de México: Ciudad de México. 1989.
- Fell, Claude. *La amistad en el dolor: correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes*. El Colegio Nacional: CDMX. 1995.
- Glotfelty, Cheryl y Fromm, Harold. *The Ecocriticism Reader. Landmarks in literary ecology*. The University of Georgia Press: Athens. 1996.
- Guzman, Martín Luis. *Obras completas 1*. CDMX: Fondo de Cultura Económica. 2010.
- Harvey, David. *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*. Routledge: Nueva York. 2001.
- Heffes, Gisela. *Políticas de la destrucción / Poéticas de la preservación. Apuntes para una lectura (eco)crítica del medio ambiente en América Latina*. Beatriz Viterbo Editora: Rosario. 2013.
- Kant, Immanuel. *Crítica del juicio*. CDMX: Editorial Tecnos. 2017.
- Keizman, Betina. “Sensibilidades y articulaciones humanas y no humanas en la narrativa de Cristina Rivera Garza”. *Anclajes*. vol 24, no. 3. 2020. pp. 189-203.

- Loveland, Frank. "El último Revueltas: el margen como totalidad." *El terreno de los días. Homenaje a José Revueltas*. Benemerita Universidad de Puebla: Puebla. 2007.
- Luxemburgo, Rosa. *The Accumulation of Capital*. Londres y Nueva York: Routledge Classics. 2003.
- Lyon J., Thomas. "A taxonomy of nature writing." *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literary Ecology*. The University of Georgia Press: Athens. 1996.
- Mac Gregor Campuzano, Javier. "Comunistas en las Islas Marias, julio-diciembre de 1932." *Signos Históricos*. no. 8,. 2002. pp. 139-150.
- Montaldo, Graciela. "El Cuerpo de La Patria: Espacio, Naturaleza y Cultura En Bello y Sarmiento." *Hispanamérica*, vol. 23, no. 68, 1994, pp. 3–20. *JSTOR*.
- Obando Orozco, Andrés Ernesto. "Naturalezas sin tierra: literatura y paisaje en Latinoamérica (1845-1942)". Tesis doctoral. University of Pittsburgh. 2022.
- Povinelli, Elizabeth. *Geontologies: a requiem to late liberalism*. Duke: University Press. 2016.
- Mondragón, Rafael. *El largo instante del incendio. Ensayo biográfico sobre José Vasconcelos*. El Colegio Nacional: Ciudad de México. 2023.
- Outes-León, Brais. "Energía, termodinámica, y el imaginario tecnológico en *La raza cósmica* de José Vasconcelos." *Revista de Estudios Hispánicos*, vol. 53, n. 1, pp. 261-282.
- Patel y Moore. *A History of the World in Seven Cheap Things. A guide to capitalism, nature and the future of the planet*. University of California Press: Oakland. 2017.
- Quintana Navarrete, Jorge. "Un deseo de lo futuro: la imaginación utópica en el México revolucionario (1910-1940)". 2017. Universidad de Princeton, tesis doctoral.
- Ramos, Julio. "Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo* de D.F. Sarmiento". *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. CDMX: Fondo de Cultura Económica. 1989.
- Rivera Garza, Cristina. *Anclajes*, vol, 23, no. 3. Septiembre-diciembre 2020. pp. 189-203.
- Rivera Garza, Cristina. *Escrituras geológicas*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert. 2022.
- Rivera Garza, Cristina. *Autobiografía del algodón*. México, D.F: Penguin Random House. 2020.
- Rivera Garza, Cristina. Una emigración extraña. Tierra Adentro. 2016.
- Peet, Richard. "The Social Origins of Environmental Determinism". *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 75, No. 3. pp. 309-333.

- Povinelli, Elizabeth. *Geontologies: a requiem to late liberalism*. Duke: University Press 2016.
- Revueltas, José. *Obra reunida. Novelas I*. México, D.F: Era, 2014.
- Revueltas José. *Obra reunida 7, Las evocaciones requeridas*. México, D.F: Era. 2014.
- Serratos, Francisco. *El capitaloceno. Una historia radical de la crisis climática*. Universidad Autónoma de México: CDMX. 2020
- Vázquez, Felipe. “Rulfo y Arreola: de la fraternidad a la discordia”. *Crítica*. no. 126. Abril-mayo 2008, pp. 31-63.
- Worster, Donald. *The Wealth of Nature: Environmental History and the Ecological Imagination*. Oxford University Press: Oxford. 1994.
- Wolfson, Gabriel. “Montones de indios: Cristina Rivera Garza”. *No sé lo que soy pero sé de lo que huyo: crítica de una literatura mexicana*. Universidad Autónoma de Querétaro, 2023. pp. 197-208.
- Yussof, Kathryn. *A billion black Anthropocenes or none*. Minneapolis: Minnesota University Press. 2019.
- Skirius, John. *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*. Siglo XXI Editores: Ciudad de México. 1978.
- Yepez, Heriberto. *La otra raza cósmica*. Almadía: CDMX. 2010.
- Vasconcelos, José. *Memorias I. Ulises Criollo. La tormenta*. Fondo de Cultura Económica: Ciudad de México. 2021.
- Vasconcelos, José. *La revulsión de la energía. Los ciclos de la fuerza, el cambio y la existencia. Obras completas. Vol. 4*. CDMX: Libreros Mexicanos. 1959
- Vasconcelos, José. *La raza cósmica*. Colección Austral: México, D.F.. 1948.